

## VIDA Y POESIA EN MARIO BINETTI (\*)

### I

#### LOS PRIMEROS AÑOS

En un libro inédito de Mario Binetti, *Estampas de mi niñez* (1958), encontramos algunos lineamientos biográficos del poeta. Son estampas líricas, en las cuales no suceden cosas. Por ellas sabemos que sus padres nacieron en una pequeña ciudad del sur de Italia: Spinazzola. Está ubicada en la Apulia. Spinazzola no tiene más vida que la de un pueblo con artesanos, comercios, algunas familias pudientes que viajan, alguna reliquia histórica y sus alrededores rurales, con huertas y caminos, y alguna fuente. Su estación ferroviaria tiene cierta importancia porque es un lugar de enlace. En los últimos años se ha acrecentado su población y se han construido residencias modernas.

Spinazzola está a corta distancia de algunas ciudades recordadas en la antigüedad clásica, sobre todo de Benevento, citada por Horacio en la sátira V del libro primero de sus *Sátiras*. Más lejos se halla un lugar más importante: Bari. Horacio habla de "los muros de Bari, el Bari abundante en pescado" (*Bari moenia piscosi*). De la Apulia en general, dice en su

---

(\*) Damos a conocer la primera parte de un trabajo sobre la vida y la obra poética de Mario Binetti. Las páginas donde se estudian las fuentes y los materiales poéticos, los principios de estructuración, las formas verbales, los símbolos y su interpretación, quedan para otra ocasión.

sátira, que “pronto la Apulia empezó a descubrirnos sus tan conocidas montañas que caldea el viento Atabulo” (*Incipit ex illo monteis Appulia notas / ostentare mihi, quos torret Atabulo*). En esas tierras, donde los pueblecitos están todos muy próximos, la vida es pintoresca, sabrosa y también dura. Tradiciones, fiestas religiosas, chismes y supersticiones, amores y melancolías, todo atravesado de oficios humildes, pobreza y almas maceradas.

A más o menos una hora y media de Spinazzola, está la ciudad de Venusa, ciudad natal de Horacio. Este es el orgullo de la gente de aquel rincón de Italia. “Allá —se les oye decir— nació Horacio, cerca de Spinazzola”. En la sátira mencionada, Horacio dice que en un viaje desde Roma a Brindis, lo acompañan Virgilio, Placio y Vavio; de ellos expresa que son “las almas más nobles de la tierra y por quienes nadie siente más cariño que yo”. Después cuenta que Mecenas se fue a jugar a la pelota. Y agrega: “Virgilio y yo optamos por dormir, porque la pelota es enemiga de los ojos y de los estómagos enfermos”. Quiere decir que Virgilio, en su viaje junto a Horacio, habría pasado por la Appulia, la tierra del Sur, donde nacieron los padres del poeta argentino. En 1888 vio la luz allá don Antonio Binetti y en 1892, doña Erminia Schiuma, ambos de origen humilde. Cuando se piensa en la fruición que tiene Mario Binetti en los temas latinos, no se puede menos que señalar estas concomitancias y hasta exclamar: ¡Qué misteriosa y fuerte es la vida!

La abuela materna del poeta, doña Vicenta Ottaviano de Schiuma, era un espíritu vivísimo. No sabía leer, pero tenía mucho saber práctico. Cariñosa, era toda bondad y abnegación. “Me dio —dice el poeta— la única sensación que tuve de abuela de cuento infantil”. Hablaba su dialecto, nada más. Había sido hermosa y se casó enamorada de un hombre pobre y enfermizo, pero romántico. Trajo a América todas las costumbres de su pueblo. En Buenos Aires no salió casi de su casa, y la cocina, la mesa y los zurcidos fueron su mundo. Era activísima.

Tenía hacia el nieto, un niño contemplativo y retraído, una particular inclinación. En los días de invierno, en una modesta y atiborrada sala, lo acercaba junto a un brasero de bronce, "todo ceniza blanca y dulcísimas ascuas apagándose rojizas". En el crepúsculo, en una penumbra que se va haciendo cada vez más intensa, brilla el dial de la radio. Escuchan en la oscuridad silenciosa *La Bohème* o *La Traviatta*. El niño escucha las melodías gratísimas de esa música italiana. Mira el brasero que chispea suavemente, fantasea y juega.

El abuelo materno amaba la música y tocaba el violín. Tocó en él hasta horas antes de su muerte. Era un sentimental. Sabía versos de Dante, que decía a sus hijos. Leía *I Promesi Sposi* y solía decir a las mujeres frescas gentilezas. Se llamaba Daniel Schiuma. El abuelo paterno estaba en el mundo de la artesanía pura, mecánico de obra artística y mecánico de máquinas trilladoras. Se llamaba Francisco. La abuela paterna, que se llamaba Marta, era muy devota y se pasaba largas horas en la iglesia. A la hora del rosario, desgarraba cuentas y decía letanías.

La madre del poeta es, en verdad, un tipo valioso de mujer. Una de esas mujeres que, excepciones aparte, son desgraciadamente de otro tiempo. En su Spinazzola perdió su padre, estando de novia. Su adolescencia fue difícil. Iba a la escuela con resfríos y sobre la nieve. Amaba los relatos. La vida la obligó a trabajar desde temprana edad. Con su hermana Rosina hacían cosas de modista y a la vez de sastre. Tenían algunas muchachas que aprendían a su lado. De noche, junto al fuego, mientras se cocían las castañas, luego de la cena, escuchaban de su padre cosas de poetas, leyendas. Ella, espíritu retraído, escribía un diario. Gustaba leer los escritores italianos de la centuria pasada. No viajó por Italia, salvo dos o tres viajes al mar y el viaje a América, pasando por Nápoles. Sus únicas distracciones eran algunas caminatas hacia huertos pequeños de su pueblo.

Don Antonio Binetti era un hombre muy sensible, pru-

dente, de poca palabra, casi silencioso. En Buenos Aires, los primeros pasos del matrimonio recién llegado fueron un poco a tientas, casi sin trabajo. Después, poco a poco se fue normalizando la vida. Pero para ello tuvieron que sobrellevar un exceso de cansancio. Además de la atención de los cuatro hijos, velaban también el adelanto de un pequeño negocio. Prácticamente no tenían domingos. Una vida dura y con contratiempos fueron arrinconando al padre del poeta en una serena melancolía. Se refugiaba en sus hijos. Era chispeante y de buen humor cuando le florecía la alegría. Celebraba ritualmente las fiestas. No muy fuerte y acaso en la pobreza, con los hijos adolescentes, descuidó su salud. No pudo cuidarse y acaso no quiso. Desde los cuarenta y dos años comenzó a derrumbarse su salud. Anhelaba que su hijo fuera profesor y en momentos duros, como éste pensara en abandonar sus estudios, se opuso y ofreció una vez más su sacrificio. Era orgulloso y delicado. A él, que nada tenía que ver con la música, le debe el poeta su encuentro con ella. Recuerda éste como lo alentaba para que se esforzara más en los tediosos ejercicios de piano. El muchacho, que comenzaba a asomarse a la adolescencia, se rebelaba contra la digitación rígida y los tropezosos ejercicios técnicos: deseaba melodías, *pathos*, creación, belleza. Con alocada imprudencia se lanzaba a los clásicos. Como podía ejecutaba páginas de Beethoven (las primeras *Sonatas*), de Chopín (los *Nocturnos*, los *Valses* y algún *Estudio*). Su padre vigilaba estos aprendizajes medio revueltos. El adolescente soñaba con alguna *Grandaliera* de Mendelshon. Beethoven era su pasión. Trémulo, enrojecido, se arrebatava con alguna transcripción para piano de sus primeras sinfonías, la *Quinta* preferentemente. Bach lo dejaba perplejo con sus dificultades, pero pregustaba la maravilla de su perfección y encantamiento armonioso. Su padre le acercaba algunas páginas biográficas sobre músicos, las de Romain Rolland, las de Herriot... Así, el poeta, que había nacido en Buenos Aires el 23 de octubre de 1916, fue cre-

ciendo en un hogar donde vibraba la fantasía lírica y la acogedora caridad humana para con los semejantes.

*Estampas de mi niñez* es un libro que no sólo contiene estampas de la infancia, con sus juegos y sus paseos al puerto para ver proas tajantes y rígidas, o bien anchas y opulentas como en los barcos de carga, sino que evoca sus andanzas por Palermo, su bosque, sus estatuas, sus árboles, el bullicio de los días de fiesta. Llegan después los años de bachillerato, con muchas lecturas revueltas. En la pleamar de la adolescencia todo le era nuevo a la luz del sol. Tenía fresca la emoción, apasionada el habla, generoso el espíritu. Gran lector leía cuanto le caía en las manos. En el Colegio Bartolomé Mitre chocaba con las matemáticas y en general con todo lo que era ciencia. Se perdía en la álgebra y se encontraba en el *Claro de luna*, que gozaba con toda su sangre, nota por nota. Sus profesores de castellano pronto descubrieron su vocación, sobre todo uno, don Francisco Carlos Rojo, que lo guió en su inclinación literaria. Se familiarizó con los escritores de varias literaturas. Conoció a Hugo novelista, que lo hizo feliz. Pronto llegó Cervantes con el *Quijote*. Chateaubriand lo deslumbró con sus grandes descripciones. Virgilio, en medianas traducciones, le hizo sentir el sabor de las cosas latinas. Homero lo dejó insomne algunas noches con su luminosa *Odisea*. Entre los poetas lo impresionaron el complejo Dante, grande y fuerte como una catedral del Medioevo, los grandes románticos, Lamartine sobre todo, y, entre los españoles, Campoamor con sus versos fáciles y sueltos, con sus planteos psicológicos. El *Werther* de Goethe le dio la primera emoción fuerte del amor y leyó hechizado el gran libro. Los novelistas franceses posteriores a Hugo le hicieron vivir días intensísimos. Balzac con *La piel de zapa* y algunos de sus cuentos vigorosos, y Flaubert con *Madame Bovary* y *La educación sentimental*, le dieron las hondas alegrías y la embriaguez adolescente de las grandes lecturas. En libros de antología escolar gustó a Bécquer, que pasó con su

romanticismo intenso, a Espronceda que le hizo recitar con énfasis algún tenso verso, a Fray Luis o Garcilaso, con su lúcida perfección. De los argentinos leyó *Amalia*, todos los románticos, el *Martín Fierro*, *Juvenilla*, *En Viaje* y las grandes páginas de Sarmiento. Como una ráfaga pasó Almafuerte, que recitó en alta voz, con la adhesión de los diecisiete años. Darío, refinado, le acercaba algún tornasol brillante. Un día don Francisco Rojo puso en sus manos *El Cascabel del Halcón* de Banchs. Este libro acompañará al muchacho durante años con su delicia expresiva y lo sosegará con su limpidez y su gracia poética.

Con un amigo del Colegio se acerca al Museo Nacional de Bellas Artes. Se detiene ante un paisaje vespertino de Corot, la única tela que poseía el Museo, allá hacia 1932, del gran impresionista francés, o ante *El mar* de Coubert, el vigorosísimo pintor de la poesía de la realidad, o ante *la Ninfa Sorprendida* de Manet, o ante los originales y potentes cuadros de Gutiérrez Solana. Los pintores no figurativos y de tendencias renovadoras, le tocaban menos. Los sentía como si estuviesen uniformados y como si el temperamento de un irlandés fuera el mismo que el de un sueco o de un italiano. Cuando recorría los jardines que rodean al Museo, restregándose los ojos después de contemplar tantos cuadros, lo detenía largamente las esculturas del gran Bourdelle: *El Arquero*, que aparecía delante de los ojos del muchacho cantando en la luz rasante de la tarde, estupenda, maravillosa, envuelta en reflejos y reverberaciones doradas. ¡Qué deslumbramiento! Había momentos en que la obra creaba para sus ojos un ámbito estético y de encantamiento, poblando de una belleza inefable el aire del atardecer. Era otro mundo en el mundo. Al muchacho le costaba desprenderse de la magia de Bourdelle. Pero la tarde se iba y allí cerca, sobre planos de césped verde, le aguardaban con sus luces y sus sombras dos o tres grupos plásticos, que lo volvían a llevar por mundos de belleza. Cerca, la amplia avenida Alvear se alargaba en pers-

pectivas sin fin y en ritmos vertiginosos. Ya no sabía qué es lo real. Otro Bourdelle surgía admirablemente, dominando la avenida desde su alto basamento. Las aves miraban desde el cielo la espléndida estatua ecuestre del Gral. Alvear; y desde la tierra la contemplaba estremeada el poeta adolescente. Cruzaba la calle y se desplegaban otros jardines en las antiguas barrancas del río, formando lugares recogidos, como nidos, que le recordaban al adolescente la gran Aldea con sus tilos fulgurantes, sus asientos de madera y sus lunas ramosas. Unos pasos más y ya estaban allí los muros claros y centenarios de la Recoleta, con sus monumentos encalados, sencillos y blancos, con sus rejas forjadas y sus fieles madreselvas. ¡Qué contraste con los monstruos negros, pesados y chabacanos que ya empezaban a pulular en los mausoleos recientes, con el “snobismo” de los *parvenue!* Por allí deambulaba el adolescente de una generación después sufrida, que lo dio todo a cambio de nada y que tuvo el ascetismo de no buscar el provecho. Brillaban ya los astros silenciosos cuando el joven hombre se alejaba con la vivencia del misterio, la soledad y los latidos de la vida interior.

## II AÑOS DE FORMACION

En 1936, tras sus estudios del bachillerato en el Colegio Bartolomé Mitre, Mario Binetti inicia otros aprendizajes en el Instituto Nacional del Profesorado de Buenos Aires. Lo acompañaban aún los fantasmas de la adolescencia y los días continúan siendo duros como espadas. Las altas enseñanzas que recibe en su estudio de literatura son un consuelo durante estos años modestos y luminosos. En el Instituto henchían de belleza sus clases Pedro Enriquez Ureña, Amado Alonso, Roberto Giusti, Jorge Guasch Leguizamón, Gregorio Alperín. El poeta los evoca con efusión. A don Pedro lo recuerda así: “¡Es un espectáculo Ureña! No hace pesar sobre nadie su inmensa erudición. Camina escondiéndose. Saluda con corte-

sía francesa. Habla poco, muy poco, sonriendo siempre con ironía. Viste apenas correctamente. A veces se pone unos cuellos duros que lo vuelven loco. Un día tuve que abrocharle uno con verdadero esfuerzo. Lo estoy viendo en la calle Pueyrredón, colgándose de los ómnibus humosos y repletos, con su cartera llena de pruebas y papeles ¡Qué se yo a dónde iba Ureña entre tintineos de campanillas, apretujado y sereno! Se gana hasta el último centavo con trabajo físico, como un jornalero. Nunca se le dio lo que merecía. ¡Retazos, nada más que retazos!” Amado Alonso le impresionaba como un hombre lleno de vitalidad y de espíritu renovador. Publicaba estudios que eran modelos en la lingüística, la estilística y la crítica literaria. Tenía entonces una “grave hermosura varonil”. Los alumnos reconocían en las clases de todos los días los méritos de esta gran figura, que renovaba entonces los estudios lingüísticos de la Argentina. Pasaba Roberto Giusti con su brío latino y su expresión nerviosa y trotadora. Todavía recuerda su maestría para las síntesis abarcadoras, ya históricas, ya críticas, ya de semblanzas personalísimas, sobre todo de escritores argentinos. A don Jorge Guasch Leguizamón lo vio en las aulas y en trato amistoso como “una de las más puras jerarquías morales en la docencia argentina. De sarmientino cuño, todo se resuelve en él por un apasionado afán de bien, liberalmente ubicado, sin limitaciones recelosas, puesto el corazón en una fraternización serena y el pensamiento en un ideal de virtud indeclinable por sobre todos los asedios corruptores”. Y a don Gregorio Alperín lo recuerda como un latinista contraído a la cátedra, inflexible en sus exigencias docentes, que fomentaba en los alumnos hábitos de disciplina y rigor intelectuales. Sus clases no eran brillantes, pero sí sólidas y provechosas.

Todos los profesores mencionados contribuyeron con elementos a la formación cultural de Mario Binetti. Pero el poeta crecía, naturalmente, desde sí mismo, desde su fresca y maravillosa sensibilidad, desde su propia existencia sensible



como una herida abierta. Se fue internando en las cosas, en los días de su juventud, en nuevos libros, en los escritores latinos y griegos, tejiendo con todos estos elementos su propio mundo, de límites cada vez más amplios, con vivencias personales y puras. Su actitud era ya la de un lírico. Ni el hombre ni el poeta podían salir de sí mismo para adoptar los puntos de vista de los demás, aunque pudiera sí ofrecer los matices de su vida interior.

Por entre el jadeo y las fatigas de las clases, el poeta fue escribiendo su primer libro de versos, *La Sombra Buena*, que publicará en 1941, un año después de haber concluidos sus estudios superiores de literatura en el Instituto del Profesorado de Buenos Aires. En este libro encontramos al lírico y descubrimos al elegíado. Su poesía está hecha con sueños delgados y sutiles, donde los seres y las cosas aparecen envueltos en un halo indeciso, de gasa fulgorescente, de fino dibujo y esfumadura sentimental. Sus intuiciones y vislumbres poéticas tienen la levedad de un vuelo. El poeta sale al encuentro del paisaje, el hombre y los momentos confidenciales para internarlos y hacerlos su mundo poético, que reposa siempre en su existencia y su espíritu. En *Sombra Buena* hallamos el lirismo del autor discurrendo en composiciones diversas y en formas estróficas consagradas: entre las primeras el romance, las canciones, las estancias, el poema, el soneto. Entre las otras, el dístico, la cuarteta, los endecasílabos, los alejandrinos, los octosílabos, las formas populares. El poeta celebra motivos del paisaje urbano, densos y humanizados, como en sus poemas largos, en alejandrinos graves y cadenciosos: *El Bosque*, *El Lago*, *El Otoño*. O los momentos confidenciales, como en sus canciones de unidad estructural sencilla y honda, como esta *Canción Simple*:

Y cuando yo me muera  
me llorarán dos lágrimas:  
al fin, yo fui una cosa  
siempre sin importancia.

Unas flores modestas  
que se ajarán al alba,  
una imagen, un soplo  
de suspiro de lámpara,

y la noche a mi lado;  
después, alguien que habla,  
la matinal estrella,  
alguna que otra anciana.

Cuando me saquen, gritos;  
más tarde algunas gracias;  
cuando blanquee la luna,  
el silencio en la casa.

Y luego al día siguiente,  
dentro de la copa clara,  
luminosa y risueña  
como la vida, el agua.

¡Cómo estaré de triste  
bajo la tierra blanda,  
sin pan tibio en la boca,  
sin la palabra mansa!

Al fin, seré un recuerdo  
como una estela vana;  
una estela perdida  
sobre las olas anchas...

Las “canciones para una tarde” son simples, puras y esenciales. Su materia poética son los motivos eternos: canción de cuna, la pobreza, sus poetas preferidos, la hermana diligente, el amor, la muerte. No hay en ellas ningún alarde estilístico, ninguna retórica que vele o apague la poesía. *Canción del hermano poeta* es un acierto en ese sentido.

De la primera parte del libro, hay que destacar sin duda *El bosque*, poema de aliento para un muchacho. Tenía el poeta 22 años cuando lo escribió. Después de las clases de latín, con algunos versos de Tibulo o de Virgilio, bajo el vien-

to del invierno, se metía el poeta bajo los pinos de Palermo. En un collar de sonetos, Binetti adensa, comprime, compone la expresión poética hasta hacerla compacta y por momentos elíptica. Así como tras de las efusiones románticas de sus poemas largos se adivina el lector asiduo de los poetas franceses, en sus sonetos está el corazón del hombre joven y el gustador del Petrarca, de Quevedo, de Banchs, el gran lírico argentino. Casi todos son confidenciales y autobiográficos, entre los que señalamos el II (*No he nacido aldeano, pero siento*), el XIX (*Tu copa azul desliza el casto vino*), el XXVI (*Como esa luz que baja en la mañana*) el XXVIII (*Sólo la noche sabe mi tristeza*) o éste que transcribimos:

Yo voy callado como un río perdido,  
acaso triste de lejano, acaso  
por lo perdido un poco estremecido:  
pero sereno porque voy de paso...

Con una gran serenidad; con esa  
con que caen los troncos; milenaria  
serenidad de amor en la belleza  
que de tan honda es casi imaginaria.

Porque voy callado y tramo el oro  
de una ilusión y el hierro de mi vida,  
y los combino; y ése es mi tesoro

oculto como cosa oscurecida;  
si estremezco es de amor, de fe si lloro;  
si voy callado es de adorar la vida...

En los poemas breves de *La Sombra Buena* encontramos los caracteres de sencillez y emoción. Emocionalismo y sencillismo, para decirlo en términos escolares. De tales rasgos singularisadores participan también las canciones del libro. El poeta se afina en la intuición de elementos y comportamientos de los seres, las cosas y el paisaje. El retraimiento, la melancolía, la nostalgia constituyen el temple emocio-

nal o la disposición afectiva, de la que parte el poeta en su labor de expresar sus intuiciones, su fantasía y su sentimiento íntimo. Sus sonetos son confidenciales, suaves en la efusión, sin oleajes ni marejadas en las fuerzas psíquicas. Capta en ellos Mario Binetti lo eterno en lo fugaz, lo permanente en lo transitorio, desentendido de los afanaes prácticos de la vida.

En 1942, encontramos a Mario Binetti en Mendoza, la ciudad echada de espaldas junto a la Cordillera. Tenía ya entre las manos juveniles un libro de poemas. Durante tres años prodigó su actitud humana y poética en la Facultad de Filosofía y Letras y en la Escuela de Lenguas Vivas de la Universidad de Cuyo. Con tiza en mano y sobre trozos que iban desde Garcilaso a Banchs, desde Petrarca a Carducci, desde Horacio a Jiménez, enseñaba composición y estilo, literatura y lengua, con ajuste y sensibilidad bien ceñida. Sus lecciones eran verdaderas fiestas que se desgranaban en el tiempo. No aparecían en ellas las serpentinadas de colores de la oratoria. Eran pura poesía; chisporroteos de buen decir y mejor pensar. Ahora, a distancia de tantos años y entre un montón de días esfumados, aquella labor de Mario Binetti parece humo de sueño. Sin embargo, sólo Dios sabe cuántas sensibilidades dormidas despertaron en aquellas clases eficaces.

En el diálogo, que sabía defender de la cotidianidad, afloraban sus preferencias. Traía sus lecturas de los románticos franceses, que indudablemente eran las que mayores concomitancias habían tenido en su adolescencia con su sensibilidad. Quizá también venían de entonces algunos fervidos y lujosos escritores italianos del siglo pasado. Pero en aquellos años cruzados por acequias, alamedas y viñedos, repasaba con ahinco los clásicos españoles, los franceses modernos, algunos argentinos y la Biblia. En horas de soledad desfilaban bajo su lámpara su Garcilaso, su Fray Luis, su Góngora, su Quevedo. Entre los contemporáneos españoles prefería a Ma-

chado, Jiménez, Miró y algunas páginas ornamentales de Ortega. Entre los argentinos a Banchs, Arrieta y Fernández Moreno. Los conocía de memoria. ¡Y cuántas veces bajo la Alameda de la ciudad, verdegueante en la primavera, cobre y oro en el otoño, hacía florecer de nuevo, para sus alumnos con interés literario, la poesía de Verlaine, de Baudelaire, de Samain, de Rimbaud!

En aquellos encuentros en el ahora lejano y rosado otoño mendocino, los estudiantes tenían la impresión inmediata y fuerte de estar delante de un poeta genuino, de un poeta lírico e intimista que sería siempre prisionero de sí mismo. Cabía esperar, sí, que desplegara su raíz poética como un abanico de posibilidades que se van cumpliendo. Y eso ha sido hasta nuestros días la vida y la poesía de Mario Binetti. Su palabra era entonces desasimiento cordial, que nombraba y signaba con belleza las cosas humildes y eternas, la fluencia anímica, la vida cotidiana, el paisaje, el hombre, las creaciones culturales. El poeta creaba enseguida en torno suyo un ámbito de sugestión, un pequeño firmamento poético, dentro del cual relampagueaban las imágenes, el pensamiento agudo y coruscante, los adjetivos tornasolados, los contrastes verbales, la ironía, la sonrisa casi constantemente. Era un poeta en la vida volcando incontinentemente sus sensibilidades en los demás. En él la poesía no sólo era raíz, como lo es en casi todos los hombres, que de algún modo son siempre sensibles a la belleza, sino era un modo de ser, de existir, de actuar.

¡Cómo centelleaba el diálogo en algunos encuentros y en algunas coincidencias! Por Mendoza solía aparecer en viajes breves Angel J. Battistessa, aferrado siempre a las letras y a la buena soledad. ¡Qué manera de ir tejiendo ideas, entre chapuzones en metáforas, entre palabras joyantes! Battistessa vibraba enrojecido, tembloroso siempre idealista. Aquello era un deslumbrar de poemas: Baudelaire, Verlaine, Rimbaud, Rostand, Fort, Claudel y qué se yo cuántos más. Se

volvían a descubrir poemas conocidísimos: *Bateau ivre*, de Rimbaud, algunos versos deliciosos de Samain, como estos:

...vie hereuse et monotone.  
Bon pain quotidien; lait pur; conscience bonne;  
simplicité des coeurs levés avant le jour...

O alguna elegía o algún soneto del mismo poeta francés. O *La Hilandera* de Valery, o *Las dos ventanas* de Mallarmé. Otra vez Samain con su precioso poema *La comida preparada*, o Claudel con su *Vía Crucis*, su *San Felipe*, su *Santa Cecilia*, *El día de los regalos*, *San Judas Tadeo*, *Se trata de nosotros solamente*. O era Louis le Cardonnell el que legaba, con su *El buen umbral*. Y otra vez Valery con su *Cementerio marino*. O la Condesa de Noailles, o Jules Laforgue, o Vielé-griffin, o Charles Peguy. Tardes que se iniciaban con algún viaje bajo la luz torrencial de Mendoza, entre caminos que corrían casi aplastando pámpanos, entre formas coloridas y sombras luminosas, que hacían recordar unos versos de Verlaine:

...dans un bain  
de lumière si blanc que les ombres sont roses.

Mario Binetti hizo brillar en Mendoza su prosa de creación en semblanzas y estudios, entre los que recordamos los de Alfredo Bufano, el poeta de San Rafael, Antonio de la Torre, el poeta de San Juan, y algunas figuras jóvenes como la de Alberto Agüero, el poeta de Merlo y las serranías de San Luis. Esas páginas escritas entre desvelos y fatigas, nerviosas y vibrantes, aparecieron en el diario "Los Andes" de aquellos años.

Un día de diciembre de 1944, el poeta entregaba su segundo libro de poemas: *Agua de Olvido*. En él despuntaba el paisaje mendocino con sus nieves, sus acequias, sus huertos, sus alamedas, sus valles y sus vides. Una mayor riqueza

y variedad estrófica circulaba a través de sus páginas. Había también más motivos, más materia, más asuntos, siempre dentro del carácter lírico de su hacer y ser poéticos. En *La Sombra Buena* había efusión directa, espontánea, cálida. En *Agua de Olvido*, mayor estudio, lenguaje puro, musical, encordado, terso. El poeta iba refrenando el romanticismo innato. Menos efusión y más arte. Sin duda el trasegar tanto salmo de la Biblia, tanta alta poesía de los clásicos y contemporáneos españoles y franceses había dado a su poesía mayor tensión interna, más equilibrio anímico y más aplomo estructural. Los sonetos tenían una justa simetría. Recordamos el I (*De tanto amar y andar, decid qué queda*), el V (*Pudor con desazón en un latido*), el VI (*Dame tu corazón, tierra con cielo*), el IX (*En la alta noche que al dolor destierra*), el XIV (*Con una clara rapidez de abeja*), el XVI (*Lámpara y libro, ala en vuelo altivo*), o éste que transcribimos:

Sobre el penacho líquido que arroja  
tras su anhelo impetuoso la ola verde,  
alas de nácar fatigada moja  
la mariposa que en el mar se pierde.

Y aunque ya herida en su indeciso anhelo  
se ve que va a volar, vuelve abatida  
sobre el penacho y bajo el dulce cielo  
cual de una flor, se aleja de la vida.

Yace ya inmóvil y en su móvil tumba  
flota llevada por la sed ardiente  
del ancho mar que entre penachos zumba.

También mi alma en su vivir doliente,  
alas de nácar, sin saber odiar,  
mojó cansada sobre un ancho mar...

En *Agua de Olvido*, los sonetos presentaban más elementos intelectuales que en la obra anterior de Mario Binetti. Junto a la precisión y a la síntesis expresiva, se observa

ban permutas y transposiciones en la adjetivación, en las formas verbales, en los giros y en el fraseo, como en estos primeros cuatro versos de un soneto que dice:

Pudor con desazón en un latido  
vencido de mi afán dejé en sosiego,  
dentro las noches frágiles del fuego  
junto a la noche azul inadvertido.

Es evidente que esas cualidades nacían del conocimiento de los recursos de la lengua latina y de los clásicos españoles, en particular de la poesía lírica de Quevedo, Fray Luis y Garcilaso.

Entre sus canciones sencillas preferimos *Cancioncilla*, *Canción del día perdido*, *Canción para mirar una tarde*, y esta preciosa en su elementalidad:

*CANCION INTIMA*

La copa dorada  
de limpio cristal,  
pon junto a mi plato  
y al lado del pan.

Haz temblar en ella  
con algo de mar,  
el vino rosado  
y el pulso cordial.

Siéntate a mi lado;  
mírame mirar  
la estrella, la nube,  
la fronda y tu faz.

Mis ojos serenos  
húmedos ya están  
de ver cómo pasar  
la hora y la paz.



Tú que estás al lado  
siénteme alentar;  
no tengo otra cosa  
que hacer que soñar.

Al fin se han callado  
el pino y el mar,  
y el humo ya sube  
dócil junto al pan.

El tul azulado,  
tus ojos detrás;  
acércame el hombro,  
¡déjeme soñar!...

*Agua de Olvido* contenía también elegías serenas, entre las que señalamos *Elegía para una juventud dormida* y *Elegía a la muerte*. Entre sus poemas extensos, en alejandrinos lentos y remansados, recordamos el que lleva el nombre de *Nocturno*. Es un poema de replegamiento íntimo, donde el poeta se siente navegando en el tiempo como un viejo barco cargado de sales marinas. Mario Binetti prefería el pasado como tiempo de su poesía, al presente y el futuro. El poeta ha sabido mantener la unidad emocional a través de todo el poema. Fundidas con las formas verbales aparecían las significaciones y las intuiciones, represadas en las palabras, el fraseo y las imágenes perfectamente ligadas y relacionadas.

En los días extremos de 1944, Mario Binetti se alejaba definitivamente de Mendoza, herido en su salud y, lo que es más sensible, en su espíritu por obra de algunos hombres acorchados. Ya en el tren decía a sus alumnos: "Puede ser que alguna vez se comprenda la magnitud de ciertos sacrificios. Pero ello será cuando los hombres que juzgan sean hombres libres y honrados y no de los que matan sin arrancar una sola gota de sangre, cobardemente. Es lo que el querido Guasch Leguizamón llama "la maldad sin grandeza", esa

maldad pequeña, mezquina, cotidiana, sin hálito de egoísmo. Pero ya todo es un poco pasado. Juntaré mis energías y seguiré mi camino como pueda”. Como siempre, cuando se trata de herir a un hombre bueno y esencialmente inclinado a la justicia, la obra de unos pocos ineptos consiguieron su fin.

### III NUEVOS ELEMENTOS FORMATIVOS

A comienzos de 1945 encontramos a Mario Binetti en Buenos Aires, tras su desdichada experiencia universitaria en Mendoza, donde por aquellos años había todavía mucha paja aldeana y pululaban acartonados y advenedizos. Volvía a unas cuatro horas de enseñanza secundaria en una escuela industrial ubicada cerca del Riachuelo, para llegar a la cual tenía que subir y bajar varios vehículos. Allá iba el poeta a hablar del sujeto y el predicado, entre martillazos y jadeos de máquinas. El grande y férreo Lugones (que murió con un empleo en la Biblioteca del Consejo Nacional de Educación) decía: “Nos basta nuestra ración de pájaro cantor”, pero también es cierto que esa mínima porción cuesta un poco defenderla a veces. El poeta sólo quería entonces salud y paz. Había que esperar y confiar con clara resignación. ¡Había aún tanto que andar por delante! Lo veía todo con un poco de humor y con una gran tranquilidad de conciencia. Pero como no estamos hechos para ser pacientes las veinticuatro horas del día, por momentos lo anegaba la fatiga, el escepticismo y hasta el asco. “La gratitud, la integridad de conducta y un espíritu lírico, son cosas para las horas de ocio de algunos. En fin, veo y siento que me voy escuchando a mí mismo. Así es la vida. Pero todo termina alguna vez y no siempre está en el hombre torcer el curso de las cosas. En todo caso el tiempo hará su obra impasible y sabia. Mientras me voy desbarrancando, pienso con serenidad aunque sea fugaz, en las cosas gratas que nutren mi vida y créame

que me consuelo 'un poco''. Estaba allí, acompañándolo, *Agua de Olvido*, su segundo libro de poemas, que crujía como un pan caliente entre sus manos, que le había traído algunas horas de reanimadora suscitación.

Mario Binetti volvía así a una vida humildísima, simple y clara. Entre bromas y veras solía decir: "¡Qué se va a hacer! No hay que lamentarse demasiado. Como dice Nalé Roxlo:

Hay que ponerse risueño  
vendar cantando la herida,  
y hacerle frente a la vida  
con lo que resta de un sueño.

Pero era preciso ir entrando en la vida, que es tan cotidiana. No se puede vivir de otra manera. El horizonte estaba enteramente cerrado. Para colmo había perdido una de sus cuatro horas de enseñanza por cambio de planes de estudios. Por allí se abrió un concursillo en una escuela de telegrafistas (en Correos y Telégrafos), en dos horas de castellano, se presentó y sucedió las mismas cosas de siempre. Nombramientos despóticos, injusticias clamantes, histrionismo de circunstancia. Todo cruel y absurdo. Casi un castigo.

Un día Carlos J. Florit lee *Agua de Olvido*, inquiera acerca del autor y termina presentándolo a Juan José Navarro Lahille, uno de los subdirectores del diario "La Prensa", donde le abren un lugar en la parte bibliográfica de la edición dominical. Allí escribe gacetillas críticas con la misma prosa tierna y relumbrante que habíamos encontrado antes en "Los Andes" de Mendoza, en sus semblanzas de Bufano, de la Torre, Agüero, Solano Luis. Aparentemente era una labor oscura y sin destino. Sin embargo, siempre hay ojos para leer las cosas buenas. Bien dice un poeta medieval español: "Non hay lança que traspase más que las escrituras".

Algunos amigos lo acompañan de cerca: Battistessa,

Guasch Leguizamón, Florit. "Battistessa se ha transformado en uno de mis grandes afectos. Le debo horas preciosas y confortantes". Indudablemente que el refinado humanista pone mucha uva en el lagar del poeta, para que éste la macere y la destile en vinos radiosos. "Battistessa me aliviana, con otros viejos afectos, de mucha sorda labor. Cada vez lo aprecio más". Caminan juntos por la ciudad, entre versos, prosas, sueños y cansancios viejos. Con Guasch Leguizamón y Florit se ve los jueves en un café de Plaza Once, donde en ágil tertulia dan vuelta a los clásicos españoles, a los modernos, a la vida cotidiana, que también pone su nota cordial en el diálogo amistoso.

Entre tanto, detrás de los visillos de su casa, la lámpara sigue encendida. Lee y escribe. Lee la Biblia, los líricos griegos, algunos latinos (Tibulo, Horacio, Virgilio), los grandes románticos y algunos delicados simbolistas (Baudelaire, Samain, Verlaine, Rimbaud). Escribe bastante entre el tráfico cotidiano. Como una parva van creciendo los papeles, hasta que un día un libro aparece esperando impresión en la mesa de trabajo. Los tiempos no están para hacer locuras. Giusti le aconseja que espere y siga trabajando. Guasch piensa que "la vida es lodo y hay que chapalearlo. No hay que desperdiciar ningún año de vida". —¡Pero don Jorge! Temo las contrariedades; quiero paz, cierto mínimo sosiego económico. ¡Mis noches, mis nervios, mis vigiliass! —¡Cómo! ¿Ya se está aburguesando?". Y el viejo maestro lo mira con ojos feroces. Battistessa sonrís comprensivamente. Todo termina en un préstamo en la Caja de Ahorro Postal y *La Lumbre Dormida*, el nuevo libro, entra a las prensas a comienzo de 1946.

Mientras otros disputan el poder y el honor nacional no les impide hacer buenos negocios, el poeta trata de ganarse humildemente el pan. Aumentan sus tareas con seis horas más de enseñanza de castellano: tres en otra escuela industrial y tres en una escuela de artes y oficios. Debe viajar

mucho porque las distancias son grandes. Trabaja de tarde y de noche. Las nuevas tareas significan un alivio. Lo demás son las notas bibliográficas en "La Prensa". Está contento y satisfecho. Escribe algunos comentarios críticos en la revista "Logos" que dirige Battistessa en la Facultad de Filosofía y Letras.

Los días siguen siendo duros. "Debo viajar colgado de los tranvías hasta muy lejos. Créame que tengo calma y resignación. Sólo quiero salud y paz". El diálogo con los amigos y algunas conferencias rompen la monotonía. "Hace unos días me llamó Battistessa. Fuimos a Quilmes, donde dio una conferencia en homenaje a Francia. Ilustró la disertación la gran actriz Rachel Benerot. Nos trataron muy bien y pasamos un gran momento. ¡Y qué manera de decir versos la de Rachel Benerot!". O es algún homenaje el que acerca a los amigos. "En esta semana (la segunda de julio de 1946), se celebra un homenaje a Henríquez Ureña, pérdida irreparable. Era un auténtico humanista. Cayó fulminado sobre un asiento del tren que lo llevaba a La Plata, agotado por el enorme cansancio intelectual. Yo no olvidaré nunca su aticismo puro, su parquedad rebosante, su lectura formidable, su gusto exquisito". A los pocos días, el 11, se cumplía el homenaje: "Ayer se realizó el homenaje a Henríquez Ureña. ¡Qué desnuda, violenta emoción! Mucha gente, mucha modestia, mucha tristeza. Amado Alonso, leyendo una bella semblanza sobre el inolvidable humanista, se ahogó en sallosos y no pudo seguir hablando. Tomó sus papeles y en medio de un silencio impresionante, abandonó el Salón. Anderson Imbert, a quien vi por primera vez (¡Y qué fácil me fue intuir desde lejos un alma y una vocación!) leyó un trabajo nostálgico, de alumno a maestro. Fue otro intenso momento. Lloraba, se detenía, se rehacía, balbuceaba; con evidente esfuerzo pudo cumplir con su doloroso homenaje. Romero estuvo más sereno y firme, y Halperín sabio y cálido". O es una conferencia de algún maestro europeo, como las de

Ruggiero o las de Américo Castro. "Tiene razón de Ruggiero: el mayor mal que aflige al mundo es la crisis de la persona humana". "¡Qué extraordinario es Américo Castro! Humanísimo, sufrido, valiente, sabio y desinteresado. Nervioso, de lenguaje finamente opulento, españolísimo, andaluz de garra, profundo. Oyendo a Castro he experimentado una extraña sensación como pocas veces he sentido. Sin esfuerzo se adivina que se está frente a algo grande, quizá lo más grande de la España en lo que va del siglo. Después de la conferencia y de la cena, Battistessa me contó cosas muy lindas de este hombre puro. A las dos de la mañana íbamos por el Congreso hacia nuestros barrios, con frío y humedad, hablando de tantas cosas, de Petrarca, de Baudelaire, de Shakespeare...".

Entre tanto *La Lumbre Dormida* sale de las prensas con las tintas frescas: octubre de 1946. Después de tanto escribir, viajar, de tantas clases por esas calles de Dios, de tanta composición, de tanto papel, tiene unos días de fiesta. Olvidando desde luego la indiferencia de muchos. Baudelaire hablaba, con tristeza abismal, "del ala del idiotismo". Si *La Sombra Buena* era efusión directa y espontánea, si *Agua de Olvido* ahincamiento expresivo, donde se advertía el poeta que había pasado por los grandes clásicos españoles, *La Lumbre Dormida* revelaba los nuevos elementos formativos de la personalidad poética de Mario Binetti. En los últimos horizontes del libro se sentía la adjetivación latina, la precisión verbal de los griegos, la matización francesa, el sentido de la melodía, el ritmo y la claridad de los italianos del Renacimiento, el cristianismo y la concisión de la Biblia. En el ambiente de este nuevo libro alentaba Tibulo, el elegíaco latino, Virgilio, el de *Las Bucólicas*, Horacio, mitad griego, mitad romano. Obra de un poeta culto, que animaba la palabra hecha sonido y música, siempre dentro de un clima íntimo y lírico, que es constante en nuestro poeta. De allí que llegue a un círculo relativamente estrecho de gustadores de la poe-

sía. Continúa dentro de las formas poéticas consagradas: sonetos, odas, elegías, canciones, poemas largos. El poeta, siempre desde su propia sangre, trasegaba nuevos elementos poéticos, como *Adoración*, *Caridad del silencio*, *Huésped*, *Confortación*, *Elegía*, o en este *Recogimiento*:

Revestido de gozo te iré nombrando siempre,  
oh dulzura abundante de la madre a la mesa,  
y suavidad del cielo derramado en la casa,  
mientras las cosas mueven su penumbra de penas,  
y donde, despoblado de fatigas, se enciende  
mi corazón lo mismo que una lámpara tierna...  
Sumido en mí presiento las palabras profundas  
que nombran la alegría de existir y esa vieja  
mansedumbre que llega de los lirios dormidos  
en la cordial confianza de una azul primavera.  
La casa en la penumbra, abierto el libro bueno,  
y cargada de alma mi adormida cabeza,  
con los ojos perdidos, hecha melancolía  
la palabra que ondula como cordial abeja,  
pienso la dulcedumbre de la vela amainada,  
y la rosa de espuma en las manos deshecha.  
Pienso lo cotidiano, la humilde vida limpia,  
la fatiga sembrando sus noches en diadema,  
y amores regresados en un humo de sueño,  
como halcones heridos entre lluvias y fiestas.  
Te iré nombrando siempre, puerto del alto abrigo,  
casa en que va la madre creando cielo y tierra,  
y donde el duende noble de la vida, amoroso  
va doblando las horas como campanas lentas...

A Mario Binetti le exasperaban un poco los caos ordenados de la poesía creacionista, dadaísta, surrealista, expresionista... Encontraba en esas tendencias metáforas, trepidaciones, tremendismos, exaltación de la fealdad hasta llegar a la náusea, pero no el canto armonioso de un corazón colmado. En nuestra época hay mucha literatura de la pesadumbre, de lo atormentado, del aburrimiento, dirigida por *snob* profesionales y críticos de vanguardia que la presentan

en serie y uniformada y, que dicho sea de paso, viven espléndidamente. Los poetas como Mario Binetti viven atormentados en la vida, pero no llevan sus dolores de hombre al dominio del arte, que para ellos es campo de labranza y hermosura luminosa. "Falta —suele decir el poeta— ser sí mismo, ingenuidad, frescura, autenticidad, que también esto es poesía. Cuando releo a Banchs entre los argentinos, pienso que con él la lírica de nuestro país llegó bastante lejos. En cuanto a la gran poesía, todavía gusto de la *Antología Griega*, algunos latinos, los grandes románticos y algunos simbolistas que han creado poesía eterna".

Los desvelos y sacrificios encerrados en *La Lumbre Dormida* le son devueltos hecho alegría en 1947, cuando la obra obtiene el primer premio de poesía de la Municipalidad de Buenos Aires. Había presentado el libro sin mayores esperanzas. Pero no todo había de ser total esfuerzo. Rimbaud decía: "yo soy de la raza de los que cantan en el martirio". Voces amigas se le acercan. A Capdevila lo encuentra ya otoñal, o como dice el mismo Capdevila:

Menos luz en los ojos: las manos  
un poco más viejas;  
¡Eso es todo!... Y el alma en el fondo  
acaso más triste, más sola y más buena.

A Fernández Moreno lo ve a menudo en el viejo café Tortoni, sede de soñadores. Se ven desde 1943, cuando aparecieron los *Sonetos Cristianos* de aquél. Lo encuentra como otras veces, un "hombre no por los libros, sino por el destino hecho", siempre fresco, inspirado y pródigo. A Banchs lo encuentra con más pausas. Vive siempre digno y solitario y se hace presente en las pérdidas de las grandes figuras lloradas. Lee a Dickens y cultiva la tierra. ¿Y en algunas horas libres?, inquiera Binetti. "La tierra no deja horas libres", fue la respuesta. "Cuando no tengo trabajo, me lo



invento". Así ve Binetti en aquel año al autor de *La Urna*: solitario, sencillo, modesto.

El azar lleva a Mario Binetti al Colegio Nacional Central de Buenos Aires. Allá conoce al Dr. Osmán Moyano, el rector, una vida noble y austera, que lo anima y comprende. Arturo Capdevila los había presentado antes. Suplen- cias e interinatos confirman el empeño puesto en la tarea docente. Arduos concursos agregan nuevas satisfacciones a su espíritu. Poco después, en 1948, le son trasladadas las pocas horas de castellano que dictaba en escuelas industriales, lejanas, al Liceo de Señoritas N<sup>o</sup> I y al Colegio Nacional "Mariano Moreno". Todo esto permite al poeta concentrar sus actividades en el centro de la gran ciudad. Continúa, por lo demás, con su labor de crítica literaria en la página dominical del diario "La Prensa". Naturalmente, el cambio favorece sus preferencias íntimas, aunque las tareas son más intensas y el derroche de energías es mucho mayor. Como es poeta en todo, pone brío, derramamiento cordial y palabra henchida en sus lecciones. Cada semana le vuelca papeles, cansancio, reuniones, fichas. En sus clases de literatura hiende el alma de sus alumnos con conocimientos, intuiciones, golpes de belleza. Después de sus chapuzones en el río de las imágenes, se orea en la corrección de los trabajos de los muchachos, algunos de los cuales comienzan a escribir con brío. Tal ritmo ceñido de labor lo absorbe demasiado de sus papeles personales, pero tiene horas de pausa serena y la adhesión férvida de sus alumnos. En el torbellino de la semana extraña un poco el ocio blando de sus lecturas plenas y morosas y aquel silencio del "vivir quiero conmigo" de Fray Luis, que evita tanto diálogo estéril. Pero la vida es arena y cal. Ya no le va siendo fácil encontrarse fresco para retocar un verso, colorear una imagen, darse un chapuzón en la metáfora o arar sin esfuerzo una página en blanco. Escribir supone ya un gran esfuerzo para el poeta. En los tranvías sueña furtivamente con su Leopardi o

su Petrarca, o su Baudelaire. Y a veces cae sobre sus cuartillas con cansancio lleno de vibraciones fértiles.

El clima moral en que se mueve el poeta por esos años le da muchos bríos. El Colegio Nacional de Buenos Aires es un colegio de vieja prosapia, con un estilo de vida que viene de muy lejos y con un decoro que se respira por todas partes, desde la puerta de los ascensores hasta el despacho del doctor Osmán Moyano. Allí encuentra a Angel Battistessa, el crítico y voluptuoso bibliófilo, “sorprendente iluminador de textos”, como lo ha calificado Vossler, ahora en encuentros diarios y no como en años anteriores, en forma espaciada. Allí está Francisco Novoa, un latinista lleno de sensibilidad, tacto y delicadeza, que ponía en el diálogo selección y finas observaciones sobre literatura y lengua latina. Cabe agregar entre quienes se acercaron amistosamente al Dr. Agustín de Vedia, flexible y cordial conversador; al Dr. Juan Blaquier, matemático estudioso y hombre gentil; y al escultor Angel Ibarra García, rebotante de experiencia humana, con su bonhomía confortadora y su sensibilidad artística. Y así muchos otros, que allegaban al diálogo su comprensión o simplemente su voz cordial. Entre todos ellos Battistessa es la figura que humana y literariamente está más cerca del poeta. Entre ambos se produce un trasiego de impresiones, recuerdos, juicios sobre obras y escritores. Battistessa con algunos años más viene de más lejos en el tiempo. Había estudiado en Madrid allá por el año 1925 y sus viajes de estudios se habían reiterado varias veces a Europa. Había dirigido la revista *Verbum* en varios períodos, el boletín y los cuadernos del Instituto de Filología durante varios años y por aquellas fechas de 1948, estaba en la dirección de la revista *Logos* de la Facultad de Filosofía y Letras. A la sombra de su sensibilidad ondulante cultivaban inteligencia y sensibilidad muchos jóvenes en las cuatro esquinas del país. ¡Cómo olvidar sus libros “Voces de Francia” (1932), “Poesías y Prosistas” (1943), “Reiner María Rilke” (1949);

y sus ediciones críticas de la "Biblia medieval romanceada" (1927), "Canciones de Juan del Encina" (1941), "Narciso" de Paul Valery (1941), "La Anunciación a María" de Claudel (1944), "La Canción de Roldán" (1942), "Fausto y otros poemas de Estanislao del Campo" (1949); y sus estudios del teatro francés, y de la poesía inglesa y del teatro español, y sus conferencias, y sus páginas en tanta revista que anda por ahí y, sobre todo, sus cartas y su estímulo a tantos jóvenes desparramados en todas las latitudes del país! Esta labor grabada en el alma de hombres que aspiraban fervorosamente, esta obra de incitación e irrigación de vocaciones, vale tanto como su misma labor escrita. Su actividad es tornasolada y múltiple y se la comprende cuando se la considera como el florecimiento de su humanismo cristiano, donde se concierta el diálogo, la palabra escrita, la caridad, la erudición útil, el talento, la acción eficaz allí donde no se presta el terreno y es preciso dar. Aquella raíz da sustancia a toda su labor de humanista y humano. Y ello sin olvido del juicio de Menéndez Pidal: "...un pleno valor de erudición sobria, nutrida y útil". O el de Farinelli: "La erudición de Angel Battistessa pasma pero no agobia. Este joven maestro es más que un profesor erudito: es un claro humanista moderno". O el de Paul Claudel: "Me siento orgulloso de ver mi nombre junto al suyo".

En la sala de profesores del viejo Colegio Nacional de Buenos Aires, chispeaban las imágenes, se cruzaban juicios, paisajes, recuerdos, centelleaba el diálogo y desdeñaban las ráfagas de pasiones que soplaban en la calle y cuyas brisas iban a morir entre aquellos muros. El trato y el encuentro del poeta y el crítico no terminaban allí. Se prolongaba en las conferencias importantes, como en las de Dámaso Alonso, que fueron un verdadero acontecimiento cuando ya declinaba el otoño de 1948. El "descubridor" de Góngora había llegado a Buenos Aires con papeles preciosos sobre la poesía española. "Es un español ceñido, sutil, europeo. Lee bien,

piensa mejor. Es un regalo oírlo en medio del invierno". O continuaba en alguna tarde otoñal en el Parque Lezama, donde, sentados, discurrían largamente. Desfilaban los poemas dilectos. El crítico le llenaba la cabeza al poeta de pensamientos elaborados, nostalgias de paisajes europeos y metáforas deslumbrantes. Al anochecer hacían algún alto en algún boliche de San Telmo y bebían un poco de vino claro. O iban juntos a cumplir con las honras fúnebres de algún hombre de bien o de algún escritor amigo. En los días de julio de 1950, tuvieron el dolor de acompañar, en la Sociedad Argentina de Escritores, a Fernández Moreno, muerto. Binetti había recogido, meses antes, dolorosas confidencias del autor de "Aldea Española" y de los "Sonetos Cristianos", sobre su maltrecha salud. En octubre fueron las honras a otro gran espíritu, el escritor Alfredo Bufano, el autor de "Mendoza la de mi canto", a quien hirieron como un rayo las pasiones mezquinas de algunos hombres mediocres. En 1952 subían doloridos las viejas escaleras del Colegio rumbo a las habitaciones del Dr. Osmán Moyano, rector hasta poco tiempo antes, que se estaba muriendo de una cruel enfermedad. O se encontraban en la biblioteca de Battistessa, donde el poeta conoce libros antiguos y preciosos. Pasaban algunas tardes juntos y de aquellas conversaciones le nacerá al poeta el amor por los impresores inmortales, los problemas de la impresión artística y noble, las ediciones deslumbrantes de los clásicos amados. Y en aquellas tardes conoció piezas bellísimas, el primor y el frescor de los primitivos, las miniaturas, en fin, el decoro de una vida culta.

Los días se sucedían cada vez más lentos y atravesados de fatigas y dolores. El trabajo intenso, cotidiano, entre malestares físicos, comenzaba a despertarle cansancio y tedio. La lucha por la vida material era desigual. Aunque la cátedra era un refugio grato, su labor de creación personal se fue haciendo más lenta. Quería publicar pero tenía el alma aplastada para todo. A ello se sumaba la pérdida de algún

familiar querido. Le quedaban sus libros en la soledad de su casa. “¡Oh, los libros! Nos secan las carnes, nos velan el alma, nos alejan de la gente, nos aperezan y agobian, y, sin embargo, cómo vivir sin ellos. Todo se derrumbaba un poco; en ellos sólo bulle la juventud del corazón”. En esas horas de encierro volvía a los *Salmos*, los *Proverbios* y los *Evangelios*. También releía algunos cantos líricos del viejo Testamento y algunos de los profetas: Ezequiel e Isaías, amado por Hugo, y Jeremías. La parquedad expresiva y la metáfora viva de esos textos le ayudaba a labrar su propia lengua poética. Insistía en el encantamiento de los latinos y se lanzaba de lleno entre los griegos. Fueron lecturas lentas y gozosas que le transfundieron la gracia, la tenuidad, lo luminoso y lo humano del Mediterráneo. Y volvía a los renacentistas, los románticos y los simbolistas. Entre tanto se ganaba duramente la vida. No había muchos lugares donde publicar. Pero ya se sabe: la poesía no se escribe para los diarios y las revistas, sino para el corazón de algunos pocos.

En los momentos propicios escribía. Tratava de que no se apagara el fervor hacia la propia obra, porque entonces se despoblaría su vida. Lo hacía con estilo claro y plástico, sin renunciar a los matices más finos. La parva fue creciendo hasta que adquirió las proporciones de un libro. Su publicación exigía un esfuerzo total. “A mi edad —decía el poeta— debiera conquistar la fortuna de cualquier modo. Y vea en qué he dado: monólogos y rimas. Lo peor es que por hastío, o cansancio, o sabiduría práctica, tengo poca o ninguna ambición”. Pero como todo poeta lírico, tenía necesidad de confesar su vida mejor a los demás y resolvió enredarse en otra publicación. Con su libro *La Paz Adorable* rompió en 1950 sus horas inmóviles, aunque paradójicamente de mucho ajetreo y agitación entre horarios y alumnos con sensibilidad fresca.

En *La Paz Adorable*, el poeta continuó dándonos, transfundidas a su propia sangre, las viejas esencias griegas, la-

tinias y renacentistas, que desde tiempo atrás venían intervinendo cómo elementos formativos de su personalidad poética. Señalamos entre los poemas su hermoso *Velámenes*, muy a propósito para ser recitado, *Destino*, *La Dicha*, *Día Conquistado*, *Alba*, *Otra vez*, *Hellas*, *Theognis de Megara*, *Elogio Virgiliano*, *Recuerdo Atico*, o este *Bibliófilo*, deliciosa semblanza donde hay presencias de la biblioteca de Battistessa, suscitador en parte del poema, y a la cual nos acercamos:

El tiempo ha trabajado como un marfil severo  
su rostro. De profundo, su mirar es sincero.  
A veces sueña: a veces, se demora en su estancia.  
La vida entre sus libros es perdida fragancia  
que se torna leticia con palabras eternas.  
Si el viento agita un poco sus dormidas cisternas,  
su ojo lúcido busca la lámpara que arde,  
hermana de la estrella, corazón de la tarde.  
Rozan el pergamino sus manos amorosas,  
y las miniadas páginas y las rimadas cosas.  
Humanista y humano, conversa sin premura,  
distráido, apacible; su gracia es dulzura.  
Sobre sus claros cedros reposan sus *Virgilio*s,  
sus *Giuntas y Elzevires* —otros dulces concilios—  
o la miel deliciosa de un bíblico incunable,  
todo gótico y leve, perfecto, inenarrable.  
Bien que algún *Canzoniere* color de perla fina,  
tornasole en sonetos una pasión divina;  
y muy junto algún *Kempis* de sayal y maitines,  
previene una paz blanca de blancos serafines.  
*Boccaccio*, *Castiglione*, *Ronsard* y los latinos,  
elegíacos siempre, sabrosos como vivos;  
y epístolas y diálogos y los suaves *minores*  
de elegancia exquisita, de fugaces amores.  
El ya estuvo en Venecia con Erasmo; ha sentido  
la imprenta de los *Aldo* rumorosa en su oído,  
y percibió el celeste Platón en un cristiano  
latín de cardenales, algo ciceroniano.  
Y en manuscritos rancios donde entre el polvo viejo  
aún desliza la pura belleza algún reflejo,  
siente zumbar la vida como rica colmena:  
suyos son cielo, agua, juventud, azucena.

El hombre en sus dolores se tranquiliza, es bueno  
El los tuvo, los tiene; ya está solo, sereno.  
Y perdona a la dicha sus traiciones secretas,  
sólo por un hastío dorado de poetas...

Mientras la vida del poeta transcurría agobiada y dispersa entre incertidumbres, angustias y estrecheces, su poesía fluía serena y clara. Las ocupaciones del hombre seguían los azares exteriores. En su actividad poética, el escritor se ponía cara a cara consigo mismo y hacía brotar su obra de su existencia esencial. Había en su nueva obra un irreprochable dominio poético y un espíritu delicadamente matizado, particularidades estilísticas, claridad, eufonía, pureza y penetración de los distintos elementos poéticos. Buena muestra de ello, su soneto *Fidelidad*, que transcribimos:

Tenga piedad tu eterna primavera  
de mi, despierta voz, paso dormido:  
el cielo entero cupo en mi latido;  
sombra de amor ya soy, dulce y ligera.

Y está con todo el alma más viajera,  
más llena de milagro y de sentido,  
y hecha una pura comunión de olvido  
habla en silencio al mar y a la ribera.

Si enamorando con tu risa el cielo  
pasas, apaga un poco tu sonrisa.  
Quiero aún velar mi ayer con clara prisa,

cual un fantasma en brumas de consuelo,  
que al avanzar, prudente, en copón de oro,  
cuida su lumbre, todo su tesoro.

Como en el fondo de los lagos profundos y claros se descubren las rocas coloridas, en la poesía de Mario Binetti el lector adivinaba a los clásicos nobles de todos los tiempos. Ellos flexibilizaron su alma y su verso. Los metros iban des-

de los breves hasta el grave y pausado alejandrino. A veces los combinaba, como en *Alba*:

En luminosa obscuridad perdura  
con su ámbar triste de fanal despierto  
el lucero del alba; ya la aurora,  
aparta apenas del nocturno cielo  
la húmeda sombra...

Cruje un cristal puro  
al paso fresco de la brisa; enero  
amontona sus rosas; castamente  
respiran claros búcaros; el Sueño  
deja caer su antorcha vagarosa,  
y en desmayada lámpara el Silencio  
teje su fiel corona, compasivo.  
Pasa el Amor —pastor— son su ható lento...

En los alejandrinos clarísimos, sobrios y plásticos de algunos de los poemas de *La Paz Adorable*, aparecían recreaciones de temas antiguos, como en su tiempo las hizo en Francia André Chenier. Sus rimas y asonancias eran naturales y se deslizaban suaves y musicales... Esta obra mereció la distinción del primer premio de poesía del Consejo del Escritor. En ella comenzaba a vibrar también el deseo de los viajes, que se hará en años posteriores. Despuntaba acá y allá en el *Viajero*, *Sabiduría*, como un anhelo de trashumanancias líricas por otros países y paisajes.

#### IV MADUREZ: POESIA Y HUMANISMO CRISTIANO

Tras de la publicación de *La Paz Adorable* en 1950, Mario Binetti continúa viviendo en la soledad y con la "apacible desesperación" de que hablaba Alfred de Vigny. En sus tareas de profesor en el Colegio Nacional de Buenos Aires y en el Liceo de Señoritas N° I, tenía la adhesión férvida de sus alumnos, así como el aprecio juicioso de las autoridades. To-



do terminaba allí. Sus tareas que lo absorbía demasiado de la labor creadora, eran un poco la tela de Penélope. Interinato va, interinato viene, mucho discurso, mucha falsía y en los profesores desaliento, cansancio, hastío, mientras la vida se les iba yendo, acaso frustrando. ¡Tanta composición, tanto dictado, tanto alumno, tanto trajín por la ciudad! Se ahogaba por esas calles de Dios, dando clases a centenares de oyentes voluptuosos, recogidos y ansiosos de palabra bella. El reumatismo invadía, en un clima tan destemplado, su masa muscular y le hacía cruzir las articulaciones. Había días que no lo dejaba pensar y menos aún escribir. Le aplastaba el alma para todo. En la conversación se le oía decir: "Trabajo penosamente con horarios mortales, sin provecho alguno y acaso sin ilusión. Ahora empiezo a considerar que no sólo los hombres son responsables únicos". ¿Fatum? A ratos pensaba que quizá podía orientarse por el lado de la Facultad de Filosofía y Letras. Allí, con tareas concentradas podía dar mucho más. Pero el horizonte estaba cerrado. Entre bromas y veras solía decir: "Los doctores de la Universidad de Pavía parece que desean que yo produzca más prosa. Me hacen sentir el que yo no sea más que un creador, aunque mi labor creadora supone una suma de indagaciones y lecturas de las que no tienen idea. A veces hasta agradezco haber vegetado en mi modesta tarea de profesor secundario; ello me ha permitido crear y me ha hecho realizar una obra que, por suerte, se prolonga y renueva. Me trazó Dios un camino y yo no le dejaré". Así transeurrían los días del poeta por aquellos años.

A medida que el escritor avanzaba en años y en cultura, y con la vida ya hasta la cintura, iba perdiendo un poco su fervor hacia ciertos ambientes y sensibilidades literarias. Mientras escribía notas críticas en el diario "La Prensa" y se ganaba la vida viendo pasar, contemplaba a los que "poetizaban" en las revistas. El diálogo con Battistessa lo sacudía un poco y lo llenaba de vibraciones. Ambos gustaban apar-

tar sus tareas en algún momento de la semana y platonizaban un poco. El crítico solía llevar en su portafolio alguna selección de San Agustín, de Pascal, o alguna obra de autor moderno. También lo cotidiano ponía su nota cordial y su indispensable calor en aquellas conversaciones. Los encuentros tenían la virtud de equilibrarlos de nostalgias literarias y vitales. El trato humano era cada vez más hondo y rico, y las alusiones bibliográficas más abarcadoras. Cosas de Europa, paisajes, hombres, ciertas notas contemplativas poblaban aquellas horas de vida. El amor de lo antiguo y cristiano, les llevaba entre las luces porteñas a adquirir algunas ediciones del sideral Petrarca.

Para no perder el rumbo en un país donde la enseñanza parece una selva oscura, el poeta se refugiaba en la religión, bálsamo suave y fresco para su corazón trabajado, en la trashumancia indirecta por otros paisajes y países y en los libros eternos. Su nuevo esfuerzo expresivo represaba las esencias cristianas, los paisajes soñados, las trashumancias líricas, las sombra de los clásicos y algunos germánicos contemporáneos. Así iba creciendo y cercándolo otro libro. Decidió endeudarse y publicarlo. De alguna manera tenía que apoyar su soledad y su vida esencial. El cubilete de sus ocupaciones diarias la va siendo cada vez más indiferente. Unamuno, que conocía bien estas soledades, decía al cerrar su libro *El Sentimiento Trágico de la Vida*: “¡Qué Dios no te de paz y sí gloria!” Y el refranero popular, a propósito de contrariedades, sentencia que “no hay mal que por bien no venga”. En una época y en un país donde todo era azar y la labor docente trabajo cubileteante, a algunos sólo les quedaba el camino del sueño (la realidad parecía una pesadilla) y la creación.

En 1952 aparece *Mundo de Milagro*, el nuevo libro de Mario Binetti. Es ya un libro de madurez. En *La Sombra Buena* estaba la poesía de la edad juvenil, con las huellas que se prolongaban en el poeta desde su adolescencia sensible, siempre dentro del modo peculiar, lírico y un tanto elegíaco,

de Mario Binetti. En los otros libros había aún mucho de aprendizaje de los rigores verbales y humanos, rescatados a través de los clásicos de todas las épocas. El muchacho que había comenzado con Fernández Moreno, Banchs y Arrieta, había hecho pasar por su espíritu a los españoles primero y a la Biblia después, a los italianos del Renacimiento y a los eternos griegos y latinos, sin olvido de los grandes poetas franceses, llegaba ahora a la madurez poética. Tenía voz propia y comenzaba a andar sobre sus propios pies. Su formación poética se ha extendido a lo largo de quince años.

En *Mundo de Milagro* encontramos poesías breves: *Las Horas* es una de ellas. El sentimiento del tiempo en la soledad es el resorte que mueve este poemita. La forma poética de ese sentimiento crea un clima propicio mediante algunos elementos que dibujan la intuición del tiempo. Personifica la presencia y a la vez el paso de las horas que “se deshacen en pétalos”. Las horas han quedado en sus huellas leves, en el perfume de las manos, en el oro de otro días que quedaron en los ojos, en la voz que regresa del agua, en los dedos que rozan el hombro. Las horas son huéspedes en la alta noche y en la soledad del cuarto. Helas aquí:

Tardío pero elemento  
brilla mi óleo en silencio:  
su luz templada reparte  
la dulzura y su secreto.

Roza la sien de la noche  
y pasa embriagado el viento;  
¡el viento, divino amante  
entre los pinos huyendo!...

Y tienen las cosas quietas  
un nimbo azul y un destello  
de santa melancolía  
que hacen en torno el misterio

Las horas como unas voces  
de amigas de un dulce tiempo  
se acercan, dicen: ¿Qué tienes?  
y se deshacen en pétalos.

¿Qué aroma guardan mis manos?  
¿Qué oro mis ojos tiernos?  
¿Qué voz me nombra en el agua?  
¿Quién toca mi hombro sereno?

Las horas, huéspedes suaves  
en mi penumbra de incienso:  
mi juventud ya dormida,  
Aldebarán sonriendo...

Las esencias y el despojamiento cristiano aparecen en varias composiciones muy logradas, entre las que recordamos *Hombres, ¿Qué hicistéis de la luz del cielo?*, o esta *María de Betania*, que tiene un valor fuertemente evocador del paisaje y los personajes:

Jesús, dulce Señor de la Pobreza,  
Por Betania llevaba la Palabra...

Los pies cansados, silenciosamente,  
entró en casa de Lázaro. Dorada  
en la hora del luciente día;  
por los viñedos verdes desmayaba  
la brisa aún tibia; dulce el claro cielo,  
era más cielo entrando azul al alma.

Cuando de pronto en claridad de gozo  
se alzó el rumor de la bondad de Marta.  
Y alegremente tiéndele los brazos;  
corre por agua al cántaro, agitada  
le alcanza el blando cobertor, enciende  
con rapidez el fuego y trae del arca  
de los manteles el más nuevo; apura,  
va por las brevas grandes y moradas,  
por los huevos del día y el pez fresco,

y las olientes aceitunas claras;  
pide el perfume suave y el cordero,  
busca al fin la escudilla más floreada,  
y entre la artesa y el hogar se mueve  
toda temblor, sudor, pasión, ya brasa.  
La limpia mesa trémula dispone,  
y el pan moreno con el vino saca,  
y en tanto el agua en el caldero anuncia  
inminente el hervor, echa miradas  
ya en la calle a la espera del hermano,  
ya a la impasible y silenciosa hermana...  
María de Betania estaba quieta;  
desde que entró el Señor en su morada,  
ella ha caído en éxtasis divino  
del cual ya nadie puede despertarla.  
Sólo oye a Él, ve a Él, por Él existe;  
de escucharlo y sentirlo no se sacia;  
si Él no la mira, fija en Él los ojos;  
si Él la mira, sintiéndose mirada,  
goza en silencio altísimo mensaje.  
Está a sus pies, y ya le ha dado el alma.  
¡Es la adorante, la contemplativa!  
Sólo se moverá por dar, quebrada,  
su llanto todo a la Pasión terrible;  
¡asistirá al Señor en la Montaña!

En la casa de Lázaro, suavísimo,  
Jesús ha dicho eterno su Palabra;  
Marta lo escucha con asombro duro,  
María está a sus pies, no dice nada...

Pasan los siglos como sombras leves,  
pasa un fragor de cosas y de hazañas;  
ruido de humanidad lo envuelve todo,  
¡y aún escucha María la Palabra!

La vibración efusiva en este poema va creciendo en su empuje, en olas cada vez más altas y sucesivas. Los verbos empleados escalonan el dinamismo de las acciones y los valores emocionales: tiene, corre, alcanza, enciende, apura. Y otro tanto ocurre con los adjetivos y los adverbios. El poe-

ta da un ritmo arquitectónico a las estructuras verbales, que coincide con el ritmo arquitectónico de las estructuras de lo significado. El tiempo del poema se extiende en el pasado y se torna presente histórico en el doble sentido gramatical y real. Decoro verbal en todo, luminosidad y seguro dibujo de las formas poéticas.

En los poemas cristianos de *Mundo de Milagro* confluye la morosa frecuentación de la Biblia y de los escritores cristianos actuales. Del Libro había leído mucho los *Salmos*, los *Proverbios* y los *Evangelios*; también los cantos líricos del Antiguo Testamento y algunos de los profetas. En su libro anterior, *La Lumbre Dormida*, había ya huellas vivas de sus horas bíblicas. Pero ahora irrumpe con fuerza en su vida y en su verso, sobre todo en su vida que tiene tantos elementos franciscanos. Sobre estos senderos florecerán años más tarde unas canciones franciscanas, donde todo es despojamiento vital.

En *Mundo de Milagro* el poema central es sin duda *Virgiliana*. Posee esta composición una particular delicadeza y el encantamiento del mundo latino visto a través de una sensibilidad moderna. En sus imágenes, en sus adjetivaciones, en su musicalidad, late el sentimiento de una elegía entrañable y noble. La gracia, la tenuidad, lo humano eterno y elemental están volcados en versos lentos y gozosos. Esta elegía resume el modo total que se sumió en las *Bucólicas y Geórgicas* de Virgilio. La componen tres tiradas de versos alejandrinos, que encierran tres momentos psicológicos diferentes y tres porciones de un mismo desarrollo. Es un tríptico. En la primera parte, el poeta dice confidencialmente su soledad, su recogimiento y su cansancio de hombres medianos. Liga a las variaciones del alma elementos del paisaje, que va entrelazando hasta darnos el clima emocional del momento. En la segunda, el poeta actual llama a través de los siglos al poeta latino, cuyos rasgos espirituales y humanos regresan con todas su excelencias. La última porción represa confidencias autobiográficas, dichas en diálogo con Virgilio. Destrozan-

do en cierto modo el poema, transcribimos sólo un pasaje de la segunda parte:

Acaso este cansancio sembrado entre las horas,  
tú también lo sentiste, hace siglos de arena,  
taciturno y amable, frente al mar siciliano,  
retraído en tu blanda frescura de ribera,  
en tanto la lucífera chispa abría la aurora.  
Acaso ya sabías que en la delicadeza  
de un alma silenciosa no está todo perdido,  
que en ella amor es joven y asidua primavera.  
Pienso en ti con mi pena de hombre desterrado,  
sin los profundos campos, sin las alacres selvas,  
sin los dulces umbrales, sin la clara patera.  
Busco y sueño sin tregua el silvestre arbolado,  
la tinaja en que espuma la vendimia risueña,  
el almendro curvante, la purísima casia,  
el rebaño mojado de rocío en las hierbas  
sonantes, la alta sombra con la que juega el viento,  
las viñas enlazadas, los cisnes con su estela,  
el cytiso florido, la succulenta poma,  
los cestillos fragantes de lirios y violetas,  
el pampanoso otoño doméstico y sus tardes,  
y la abeja nutricia que clara bordonea.

Están visiblemente los signos líricos del gran poeta latino. Es fácil comprender que Virgilio fue para Mario Bionetti uno de los grandes encuentros líricos. Hay en la *Virgiliana* la musicalidad de un conjunto de cámara, los tonos suaves y moderados, los sonidos graves y sugestivos, los matices susurrantes y delicados que sólo puede conseguir un alma poética y musical. ¡Cuántas ediciones de Virgilio antiguas y modernas, cuántos escoliastas, cuánto exámetros subrayados yacen sumergidos debajo de los estanques tranquilos de la *Virgiliana*! Quizá hasta aquel mismo y antiquísimo *Virgilius*, de 1532, *Ex Officina Roberti Stephanini Pavissis*.

La idea del viaje había comenzado a escocer al poeta desde tiempo atrás. Desde luego se trataba de trashumancias ñ-

ricas, porque los viajes reales sólo estaban al alcance de aquellos cuyas actividades no se empujaban un palmo del suelo.

Vestigios de esos sueños andariegos los encontramos en *La Paz Adorable*, pero en los días que forman las circunstancias de *Mundo de Milagro*, la trashumancia lírica por el mundo y por las cosas bellas de la tierra, es ya una necesidad íntima del poeta. La idea del viaje está en más de una composición de este libro: *Islas*, *El Viaje*, algún verso de *Madurez*, *Navegante del Cielo*, *Luces de Italia*, *Caravanas*. Versalles, tan amado por el poeta, aparece en *El Paseo*, verlarariamente recordado. No se trata de Versalles en Versalles, ajardinado rincón de Francia, donde todo es color y monumentalidad, con las hermosas esculturas que inspiraran a Maillo, sino de un Versalles entre dos almas que saben que la dicha es frágil. Venecia fue pasión del poeta durante largo tiempo. A fuerza de entresñoarla, de verla en láminas bellas, de sentirla, llegó casi a vivir en ella durante esos años. La bella ciudad de Italia quedó recreada y remozada en *Venecia allá...*, un poema desbordante de colores e impresiones, al que nos aproximamos en una transcripción brevísima:

Temblaba la *Güdeca* dentro de un vapor salado.  
Color ya era de trucha el *Gran Canal* rosado.:  
grises con fino argento y doradas estrías,  
color de otoño dulce y de melancolías.  
Macerada, doliente, balsámica y florida,  
tornasol de las horas, madrepora escondida,  
Venecia me cantaba con su blando mutismo  
esa canción que lleva del amor al abismo.

En *Los Sonetos Siderales*, que son una pura transfiguración de sentimientos altos, vibra el decoro y el vigor expresivo de quien ha conocido los renacentistas deslumbrantes, de un modo particular a Petrarca, y algunos italianos modernos con sombras griegas y latinas (Leopardi). En esos versos perfectos, el poeta ha infundido el impulso y el hálito y el misterio de vivencias matizadas hasta la sutilidad. Algunos



versos sáficos hablan de intentos nuevos, que estaban anunciados en *La Paz Adorable*. Pero donde vuelve la levedad y la gracia es en los poemas breves, como en esta *Cancioncilla*:

Quizás ya estés comprendiendo  
mi latido silencioso,  
y por una clara senda  
me vas llevando a tus ojos.

Quizás aunque nada digas  
me estés hablando de lejos  
con la serena impaciencia  
de tus castos labios buenos.

Quizás cuando la alta noche  
dora tu blanda almohada,  
partes como un pan la sombra  
y me das un poco de alma.

Quizás ya el mundo es un mundo  
de primavera y de luna  
desde que yo te imagino  
llegando hasta mi ternura.

Alguna poesía con aire de balada germánica (*El Infiel*) es, acaso, fruto de alguna lectura eventual. Pero lo que en *Mundo de Milagro* domina es un profundo humanismo que rescata paisajes, hombres, cosas y fantasmas del pasado, con una madurez expresiva y de contenido que será maestría en las obras posteriores.

#### V POETA DE LA INFANCIA

Seguirá siendo un problema de la crítica literaria, hasta que no se haya desarrollado ampliamente la psicología del arte y los artistas, el saber si en la lectura y conocimiento de las obras de un escritor, es importante el conocimiento del hombre que las ha escrito, como quería Sainte-Beuve, o si la

inspiración, la invención y el trabajo literario se diferencia enteramente de las demás ocupaciones del escritor, como lo recuerda Marcel Proust en su obra póstuma *Contre Sainte-Beuve*, que publicó hace unos cinco años la *Nouvelle Revue Française*. Esta cuestión quizá no tenga una solución uniforme y su respuesta dependa en buena parte de las peculiaridades anímicas y los templeps psicológicos y existenciales de los artistas. Es indudable que hay escritores cuyo mundo literario y poético es único, cerrado, casi sin ventanas hacia el exterior, así como hay otros que viven en una continua simbiosis e intercambio permanente con la realidad.

En Mario Binetti encontramos un poeta que, por su temperamento y sensibilidad, vive con una conciencia aguda entre los hombres. No sale de sí mismo, aún en la creación de su mundo práctico, sino que está reposando siempre en fuentes subjetivas y existenciales. No es su mundo un horizonte impersonal y público, sino que forma una estructura compacta con la vida del poeta y tiene las alternativas y circunstancias de ella. Poesía y mundo son inseparables y van fundidos y hasta confundidos. Su mundo, aun el de la praxis, es un mundo de creación, donde los elementos, los hechos, los hombres y las cosas no se disponen según modos cotidianos, sino tal como van surgiendo de sus vivencias poéticas. De ahí esa especie de estupor que produce el darse de buenas a primeras con su mundo dentro del mundo, con su lenguaje dentro de la lengua.

Los días que siguen a la publicación de su libro *Mundo de Milagro* en 1952, se pueblan de infancia. En la propia encuentra la música, que fue anterior a la vocación literaria, y a la que vuelve ahora para aquietarse el ánimo y recorrer esos mundos inmensos que son Bach, Schumman, Beethoveu, Mozart, Schubert. Vuelve al piano y se entrega a él. Llama a aquéllos y vuelven diligentes del pasado, trayéndole horas frescas, lúcidas y dichosas. En su viejo piano alemán, encontrará preciosas huellas de vida y motivos nuevos para

su poesía, que florecerán años más tarde. Entre tanto su esfuerzo de creación se vuelca hacia el lado de la infancia, a la que evoca unas veces con claridad y sobrias notas líricas, o bien la apresa en estampas y pantallazos que reflejan estados psíquicos infantiles, juegos, pájaros, sueños, objetos.

De esta fluencia lírica, que transforma completamente los elementos objetivos, o que sencillamente los crea, va naciendo una parva de poemas para niños, sutiles, leves, esenciales. Son poemas breves, horas de vida, instantes, circunstancias, emociones infantiles, pantallazos de cosas. Pero no son los temas los que hacen la poesía infantil, ni tampoco el lenguaje aniñado. La poesía infantil es la que los niños pueden entender, sentir y gozar. Es muy difícil de lograr y por eso escasea en las letras españolas. No son muchos los nombres de los poetas y escritores que se pueden nombrar: Martí, Mistral, Ibarbourou, Machado, García Lorca, Lugones, Banchs, Jiménez, Storni, Villafañe, Vignale, Fernández Moreno y algunos más.

Mario Binetti da de sí un nuevo libro en 1955: *Ronda dorada*. Su comprensión del alma infantil es plena. Su poesía es hija de la emoción y, como quería Martí, fina y profunda como nota de arpa. "No se ha de decir lo raro —decía el maestro cubano—, sino el instante raro de la emoción noble y preciosa". Hay en *Ronda Dorada* canciones del hogar, poesías sencillas sobre las estaciones y sus maravillas, canciones cristianas, pájaros amigos, aves brillantes, insectos joyantes, cuentos infantiles recreados. Señalamos entre las más logradas *Aldeana*, *El señor gallo*, *La tejedora*, *El molino*, *El romancillo del petirrojo*. *El pajarillo*, *La Uuvia*, *La Luna*, *El arco iris*, *El otoño*, *La tormenta*, *La cigarra*, y algunas canciones cristianas, entre ellas *La ofrenda*. Como no es posible represarlas todas, acerquémonos sólo a algunas:

#### *Aldeana*

Te has disfrazado  
de fresca aldeana,

y ahora es el mundo  
de hierba y agua.

Siento a tu lado  
cigarras claras,  
y campanitas  
como de plata.

Si callas, tiembla  
la estrella blanca;  
si te sonríes  
palomas bajan

Flores de trigo  
caen de tu falda;  
tus trenzas brillan  
rociadas de alba;  
huelen tus manos  
a suave albahaca;  
y en tus mejillas  
nuevas y castas,  
hoy dejó el viento  
que siempre marcha,  
divino aroma  
de aéreas naranjas.

No tienes prisa,  
miras y aguardas,  
y una abejuela  
te ronda y pasa.

Oye, pequeña,  
la alondra canta;  
tengo quesillos,  
tengo castañas;  
comamos juntos  
esta mañana;  
junto miremos  
las nubes altas.

### *El Molino*

Gira, molino, gira,  
muele así el grano,  
mientras el sol que es niño  
va por los campos.

Gira, molino, gira,  
con ruido manso;  
se han dormido los hombres  
de tan cansados.

Gira, molino, gira;  
solo has quedado;  
con el viento conversas,  
crujes más blando.

Gira, molino, gira;  
la luna en tanto  
por tus trémulas aspas  
se ha derramado

#### *La Ofrenda*

Jesús, ¿qué puedo darte  
tan pobre como soy?  
Has nacido y el mundo  
es todo una canción.  
Si además de ser niño  
yo fuese tu pastor,  
te daría una oveja,  
o un ramito de olor.  
Si fuese el gran Rey Mago  
que la arena cruzó,  
un cofrecillo de oro,  
o un manto de color.  
Mas yo, tu pobre niño,  
tan pobre como soy,  
Jesús, ¿qué puedo darte?  
Tal vez mi corazón.

En *Ronda Dorada* impresiona la pureza poética, la gracia y la frescura de las imágenes y la emoción, unidas y fundidas en compacta unidad estructural. En esos poemas breves, que poseen una calidad definitiva, vibra el hálito, el impulso y el alma que le ha insuflado el poeta y que circula como a través de una delgadísima red que irriga todo el cuer-

po de los poemas, sus metáforas, sus epítetos, su rima, sus componentes, su acto de creación. Antonio Machado, para quien la poesía era un poco de oración y de quietud, cosas necesarias al fin del día, solía decir en su soledad de Soria: "Poesía, cosa cordial...". De la poesía de Mario Binetti en *Ronda Dorada* se puede decir lo mismo. Sus poemas donde se anula la vieja dicotomía entre fondo y forma. Tal es la imbricación de los elementos de la composición y de la exposición poéticas. Son tiernos y deliciosos y algunos de ellos son piezas antológicas.

En 1956 el poeta publica *Poemas junto a una cuna*, un nuevo libro de poesía para niños, completamente despojado de toda retórica y de todo primor formal. El poeta esencializa aún más que en *Ronda Dorada* su emoción y su expresión. Como Proust y como Flaubert, distancias aparte, busca la salvación en el arte. Puesto que el mundo se modela tan estrechamente ligado a sus vivencias personales, no es posible describirlo en términos objetivos. Existencia y mundo son consustanciales en él. Puede enriquecerlos desocultando horas, pero no puede salir de ellos. Plasma, canta y celebra su mundo, y sigue el consejo de André Maurois: "Pintarás el vino, el amor, la gloria, con la condición, mi buen hombre, de que no seas ni ebrio, ni enamorado, ni tarambana". En esta nueva obra es difícil escoger; sus poemitas son una fiesta para leer; si caben preferencias señalaríamos *En la cuna*, *Manecitas*, *Escarpín*, *Almohada*, *la sonrisa*, *La noche* o *En la biblioteca*, muy original, que transcribimos con *Escarpín* y *La noche*.

#### *Ella y los poetas*

Otra vez entre libros,  
panales de los años,  
fuente para la angustia  
que busca amor hermano,  
¿quién te trajo, lucero,

ojillos asombrados?  
Celeste y con la sombra,  
fulges desde tus manos;  
parece que tocaras  
un sueño enamorado.  
Hipas, duermes, te animas,  
te esfuerzas en reclamos,  
y yaces luego dulce,  
sin saber qué, mirando...  
Los miras, sí, los miras,  
mis libros adorados;  
para que tú lo sientas  
que se abren más humanos,  
sólo falta que haya  
postigos bien cerrados,  
y una llovizna fina,  
y en un temblor de oro  
la lámpara a tu lado.

Aquí tiene *La Biblia*,  
clamorosa de salmos:  
desiertos y patriarcas,  
y un gran lucero alto.  
Este es *Virgilio*, todo  
para tí fronda y campo,  
un suspirar de brisa,  
y un caramillo blando  
Este es *Petrarca*, el puro  
de lunas y de espacios;  
amaba las violetas,  
las fuentes y los astros.  
Allá te da su agua  
de arrullos, *Garcilaso*;  
aquí gime en silencio  
*Leopardi*, el solitario.  
*Hugo* inventa la dicha  
para tu pecho claro;  
te da todas las flores,  
te da todos los pájaros.  
*Pascoli*, tan sensible  
que tiembla al menor llanto,  
te acuna desde un tierno  
pueblecito italiano.

Acaso te contempla  
grave, *Antonio Machado*;  
es muy bueno, y si hablara,  
te hablaría muy bajo.  
Casi a tu cabecera  
están *Rubén* el mago,  
que trae desde Oriente  
incienso, miel y nardo,  
y *Nervo*, que te haría  
la cuna entre sus brazos,  
y *Gabriela*, que sabe  
rondas del mar rosado,  
y los nuestros, ¡tan puros  
poetas del milagro!

Pequeña, pequeña,  
tan inerte que acaso  
te hiera algún chasquido  
o te daña el contacto  
trémulo de la brisa,  
ramito de olor casto,  
niña del alba pura,  
Amor, ¿qué estás mirando?  
¿Intuyes la belleza  
dolorosa del llanto?  
Ellos desde tu gracia  
te guiarán el paso.  
Poetas en tu cuna,  
¡más amor a tu lado!

La sencillez, la simplicidad y la ternura brillan en estos  
poemas de una belleza purísima. Son como agua de Dios en el  
alma del poeta, como en éste,

*Escarpín:*

Nadie sabe cómo  
se escurre y resbala;  
siempre un pie desnudo:  
un escarpín falta.  
¿Cuándo se ha caído



por las finas sábanas?  
¿De qué abrazo blando  
se fué por la falda?  
Nadie se ha movido,  
y el escaipín falta.  
¿Dónde al fin se encuentra?  
Chiquita es la casa;  
debe estar sin duda  
dentro de una manta,  
o al pie de su coche,  
o por la almohada.  
Ya se ha visto todo:  
el escaipín falta.  
Y esto que aún es ella  
sólo una mirada,  
un impulso, apenas  
sonrisita clara...

O este otro,

#### *Almohada*

Hoy te han puesto  
leve almohada;  
tu cabecita,  
como manzana,  
posa en un hueco  
de tela blanca.  
La luz celeste,  
ya tamizada,  
te va nimbando  
de bruma vaga.  
Me inclino un poco,  
no digo nada,  
paso la mano  
por tanta holanda,  
y con un dedo  
toco tu almohada.  
¡Qué plena duermes ,  
cercada de Alba!  
Te pesa un sueño,  
ya estás cansada..

Los días que rodean a *Ronda Dorada y Poemas junto a una cuna*, son bastantes duros para el poeta. Hay momentos en que se siente sin encaje social. Y en verdad que por aquellos años todos habían perdido su ubicación social y espiritual y todo se hallaba desprestigiado en el país. En tales trauces el arte resulta una liberación, una catarsis, una evasión lírica de esa realidad que comienza más allá del propio mundo del poeta. Escribir era para Mario Binetti su vida real y fue cortando amarras con todo y se fue realizando dentro de un cerco de dolores psíquicos y físicos. Su vida cotidiana seguía siempre envuelta en una bruma opaca. Desde 1948 enseñaba en el Colegio Nacional Central de Buenos Aires. Recién en 1953 le llega la confirmación en la primera cátedra y le reiteran interinamente la segunda. Una tercera pérdida como suplencia. Además tiene tareas en el Liceo de Señoritas Nº I. Tenía el cuerpo hecho un fantasma. Su reumatismo crónico lo acosaba por todas partes. Siempre le quedaban 'as cosas y Dios y algunos hombres que alumbraban al calor de la paz, la convivencia, la comprensión y el amor. Vivía con los verdaderos vivientes, entre ellos sus músicos amados. También le quadaba el diálogo con algunos hombres. Battistessa llevaba siempre al diálogo su presencia viva y algunos textos literarios de valor perdurable. Se buscaban y equilibraban mutuamente. De tanto en tanto se fugaban de la opacidad de las calles porteñas y se refugiaban en la biblioteca del humanista, con un poco de buen champagne francés, a veces el de la viudad de Cliequot, del cual Rubén Darío decía:

...los males  
huyen a los cristales  
de la viuda de Cliequot.

En alguna ocasión el poeta llevaba el *Clave bien templado* de Bach y tocaba algunas de sus páginas, mientras que el crítico de sensibilidad ondulante y tornasolada lo escuchaba pensativo, cerrado sobre su propia nostalgia. O se sumer-

gía en el titanismo del *Scherzo* de la *Novena Sinfonía*, donde Beethoven se lanza al triunfo del espíritu. O se marchaba a un cine a ver vistas de Italia. ¡Oh, la plaza Verona y sus fuentes! ¡Y las esculturas de Bernini! Entre los rostros aparecía la cúpula de San Pedro. De pronto relumbraba con todos sus colores el Castel Sant'Angelo. Ortega y Gasset decía: "¡Los intelectuales a las catacumbas!" Son ellos, sin embargo, los únicos que perviven, los únicos que alientan siempre, los únicos que dan vida mejor a los hombres.

Más allá de esas horas de vida alta, está la realidad que, por momentos, tenía las trazas de una pesadilla. En ella no faltaban los que trafican con todo, desde la mujer a la Patria. Los días que envolvían a *Ronda Dorada* y a *Poemas junto a una cuna* eran desapacibles. Los tanques estaban en las calles. El poeta iba y venía tras de sus tareas, *pane lucrando*. Observaba, atisbaba, conversaba. Aun esperaba la felicidad entre sus años rotos, aunque después de todo, él hizo libros, amó y trabajó con ahinco. Aguardaba la justicia, esa esencia que de puro sutil raras veces pasa sobre la tierra. Y otra vez estuvo el poeta solo frente a la fiesta del mundo, con su pluma y con un papel en blanco. Como decía Darío:

Si hubo áspera hiel en mi existencia  
melificó toda acritud el arte.

## VI. NUEVOS AFANES, NUEVOS LIBROS

En 1956 el poeta ya no deambula mucho. Sus molestias físicas han avanzado tanto que han terminado por aherrarlo casi entre sus libros. Apenas los pasos indispensables para cumplir con sus tareas docentes, por cierto bastante reducidas en los últimos tiempos. Lo dejan con una cátedra en el Nacional Central y esto gracia al amparo de algún viejo maestro. Su vida profesional tiene horizontes áridos. Los

días son lentos y soplan ráfagas de odio por todas partes:  
*Odium omnium contra omnes.*

Algunas salidas hace el poeta que colman su urgencia de cordialidad, de bondad y de belleza pura. Su viaje anual a San Antonio de Areco, cuando declina el otoño, es un compromiso de honor. Allí va a celebrar los aniversarios de los Güiraldes y los Colombos. O se corre hasta el Museo Nacional de Bellas Artes, donde exponen dos obras de Rembrandt, de Rubens, un Van Dyck y algunos cuadros de la escuela holandesa. O se entrega con fervor a su trabajo, porque después de todo, y como quiera que sea, le permite hablar, hablar sin diálogo. La vida de creación es un alivio para el poeta. Ni la conferencia, ni el artículo, ni las clases compensan y quedan. La creación artística es un darse con armonía y con amor. La pluma del escritor hiende la soledad, su espíritu echa cuentas consigo mismo y de ese trato nace un largo poema que simboliza la vida misma del poeta. Con *Endymión*, que aparece cuando el autor tiene cuarenta años ajetreados, tenemos un poema de noble intención simbólica. El tema es antiguo y su recreación nueva. Un manantial de luz fluye, brota y se desvanece entre los versos delicados de este poema, que habla de los bienes del hombre... Posee todas las cualidades que realzan la significación del tema: claridad, fluidez, musicalidad, abundancia, intensidad. El agrupamiento armonioso de los acentos, las pausas y el ritmo, los procedimientos sintácticos noblemente jerarquizados, las simetrías, las transferencias afectivas, muestran la flexibilidad y la perfección alcanzada por el poeta. Ello se advierte hasta en esta transcripción fragmentaria y que por lo mismo altera la compacta y sutil unidad del poema:

Está llena de dioses la pradera.  
Zeus, que disfruta el rayo en trono excelso,  
hace rociar la paz sobre la tierra.  
Así déjame estar en un silencio  
de amor, el rostro vuelto a la quimera.

Déjame estar así: no hables, no violes  
mi soledad, ¡oh don de mi pureza!  
Estoy soñando en mi quietud que inicia  
su visión más sutil y verdadera  
de cada cosa y que si nubla acaso  
su conocer, presiente pues en ella  
todo misterio grande y sacro, toda  
la gracia alada de las horas buenas.  
Sí, triste fui, porque cruzé callado  
un monte de amapolas tan sangrientas  
que alcé los ojos suplicando olvido  
de amor, de amor llorado con terneza;  
Hésperos alta apenas sonreía,  
penacho del estío, más estrella.

.....

Dulce es gozar, lo sé, bienes del hombre:  
la casa y la mujer, la flauta fresca,  
buey de labor y trémulos rebaños,  
descuajados terrones con su siembra,  
la parra henchida, el manantial brillante;  
y luego cuando Orión brilla con fuerza,  
guardar las uvas en los viejos vasos,  
y entre cigarras áureas, con llaneza,  
cortar con mano, de amorosa, cauta,  
las alegres espigas, y más lenta  
alzar la vista a las espesas nubes,  
ver como hila la mujer la tela,  
beber el vino que hace la confianza,  
y hallar que entre tus labios burbujea  
una palabra de medida y tino,  
lleno el granero y calma la cabeza.

En *Endymión* las cualidades adquiridas del estilo evocan raíces, procedimientos de adjetivación, giros sintácticos y precisiones de autores antiguos. Transparece el gustador de las mieles griegas y del sabroso verso virgiliano. Por debajo de las trémulas ondulaciones del ensueño, yacen los datos, los saberes, los comportamientos expresivos y el silencioso paso de los siglos. En su elegía el poeta ha logrado crear, entre los entresijos de sus versos, el ambiente de ensoñación que

pide el tema. No hay el impulso vital de la vida, no hay crecimiento dinámico de las fuerzas psíquicas, no hay oleajes y marejadas, no hay decrecimiento en el tiempo interior de Endymión. Hay, sí, fluencia tranquila, ensimismada, subjetivamente tejida, entre música de sensaciones y matices finísimos en el sentimiento. Todo en este poema es suavidad y tersura: suavidad en las imágenes, delicadeza en el tema, susurro en los sonidos, cadencia que torna preciosa cada palabra de sus endecasílabos.

Después de la publicación de *Endymión*, Mario Binetti continúa trabajando y produciendo. En verdad vive entre un cerco de libros inéditos desde tiempo atrás. Tiene un libro en prosa con estampas de su niñez, donde, como dijimos al comienzo de estas páginas, figuran algunos lineamientos biográficos del poeta. Tiene un libro sobre pájaros, flores y piedras preciosas (poesías), otro con páginas para niños y adolescentes, un poemario de pintores impresionistas, un cancionero de Tucumán... En los últimos días de 1956 va a la imprenta de don Francisco Colombo con otro libro debajo del brazo: *Los días y las ausencias*. Es una vendimia de poemas quitados al descanso, a la distracción, al egoísmo, a los fervores que pasan según las nubes y no hacen la vida duradera. Osvaldo Colombo, que ha sentido siempre las arte gráficas con belleza y dignidad, lo incita a la publicación del libro. ¿Qué puede acompañar mejor la soledad de un poeta que un libro? Y por cierto que ya va siendo tiempo de arrojar otro libro a la cabeza de los viejos, que se pasan la vida levantándose la propia estatua, aunque sea de sal y se deshaga con la primera lluvia.

Mientras el nuevo libro va adquiriendo cuerpo en los li-  
notipos, otros elementos líricos absorben a Mario Binetti. El mundo franciscano, con su fraternal visión del mundo, ofrece al poeta un clarísimo ámbito espiritual. Por aquel año de 1957, trabaja en unas canciones franciscanas que tienen el encanto de los poemas breves. Intenta también el tema del

*Hijo Pródigo* y sobre su mesa de trabajo descansan sonetos apretados, endecasílabos sobre la vida humilde y revestida de belleza. A veces teme que todo sea un poco facilidad y una voz le sube de las entrañas a los labios. ¡Mallarmé, Mallarmé, Mallarmé!... Y repasa nervioso sus poemas. No. Hay en ellos vida macerada. La vida práctica la confía al azar y la Providencia. Fernández Moreno solía decir: "Antes para soñar buscaba la penumbra. Ahora sueño con los anteojos puestos y con la luz encendida". Como el poeta de los *Sonetos Cristianos*, Binetti termina por hacer sueño de todo, hasta del mínimo suceso cotidiano.

En los promedios de 1957 aparece *Los días y las ausencias* en una linda impresión. Como hemos dicho, esta obra es una vendimia de otras estaciones y otros años. La calidad poética del libro es superior a su producción anterior. Entre las composiciones extensas, conmueve *Hombre Hermano*, y deleita *Elegía de Meleagro* con su riqueza de efusión, de datos recreados, de saberes expresivos, de imágenes nuevas, de sostenido impulso poético. En *Watteau* encontramos un poema desbordante de vislumbres y colores, de impresiones y lujos verbales y pictóricos que rescatan el ambiente opulento de la pintura del artista francés. Hay en este poema datos, saberes y comportamientos objetivamente significados y preciosamente recreados, que hacen revivir algunas telas deslumbrantes: *Mezzetin*, *Gilles*, *L'Indiferent*. En un poema extenso, con cuatro particiones, que son a su vez estructuraciones parciales de los materiales poéticos internos y externos. En verdad se trata de una "composición" en el sentido más remontado de la palabra. El poeta muestra ahora otros elementos de su formación humanística, que provienen de la música y las artes plásticas. Toda esta riqueza se hace patente en este fragmento al que nos acercamos:

Watteau, vayamos juntos hacia tu mundo mío.  
Fantasmas de la tarde yerran en el rocío;  
dame el brazo y vaguemos; la luz está indecisa,

Y pasa enamorada de su jardín la brisa,  
 Ya es toda la penumbra como un ambar brillante,  
 y en las aguas, de nácar, tiembla un cielo distante.  
 Mira; se hunde en la tarde más tierna un sol suntuoso,  
 y arde entre los macizos; ya en un olmo coposo,  
 junto a Venus y Faunos enguirnaldados, vela  
 una inminente luna que el musgo aterciopela.  
 Hay lumbres aún inquietas, y yerran todavía  
 dulces formas que afiebran la suave fantasía.  
 ¿Quién es aquél? ¡Oh, triste Mezzetin delicado,  
 loco de amor y música, eterno enamorado,  
 incomprendido siempre, sin ilusión ninguna,  
 toca aún en la tarde sin dicha y sin fortuna!  
 ¿Y ese blanco más blanco que harina nueva y mansa?  
 ¡Es Gilles, bueno y suave, niño sin esperanza,  
 Pierrot tímido y dócil de infancia sin ternura,  
 que al renunciar la vida puso aún más su alma pura!  
 ¿Y esos ruedos de seda? ¿Y ese líquido brillo?  
 ¿Dónde susurra apenas ese *minuet* sencillo?  
 ¿Por dónde se han entrado esas parejas lentas,  
 discretas y embriagadas, que mezclan soñolientas  
 las voces con las flautas, los violines y el viento?  
 ¿Quién despertó esta fiesta de lánguido tormento?  
 ¿Quién la vistió de oro, de azul, de gris, de rosa?

*Elegía de Méleagro* es una composición compleja y riquísima, donde se advierte una vez más los vastos horizontes culturales del poeta. Por debajo de sus versos cadenciosos, más allá de su efusión poética, están los datos y conocimientos acerca del mundo griego. Esos saberes no atañen sólo a lo literario, sino al clima espiritual, las artes, la vida, las fiestas, los paisajes, los filósofos. Sin el dominio y recreación de todo ese pasado de la antigüedad clásica, no se comprenderían estas composiciones extensas e intensas.

Entre los poemas con esencias cristianas, recordamos *El viejo Breviario* y *Emaús*, ambos con estructuras firmes en el aspecto verbal y en las significaciones que personajes, situaciones humanas y divinas, objetos, paisajes y fuerzas psíquicas que se desarrollan dinámicamente dentro de los poemas.



Los períodos están jerarquizados siguiendo el movimiento de las significaciones sin barroquismos y sí con un fuerte encorramiento en la trama de la composición.

Los sonetos están todos escritos con perfección. Preferimos entre ellos *La Dicha*, *Memoria de una risa*, *A unos ojos dormidos*, *Patria de los Arrayanes*, *La flor seca*, *La libación*. En este último brillan las cualidades verbales que hacen eficaz la expresión poética: los sonidos agradables, fluidez del verso, la claridad sintáctica, las intuiciones, la opulencia del habla. El poeta ha sabido represar el movimiento del picaflor, su presencia intuitiva, inquieta, tornadiza, fugaz, tornasolada. Para ello ha estructurado juntamente el ritmo, las pausas, los acentos, con las vislumbres, impresiones, formas y colores, insuflando todo ello con el hálito que da vida al soneto. Helo aquí:

Vas, vienes, rozas, tornasol alado,  
rápido por la flor fresca en el día,  
solo en el aire y solo en tu porfía,  
trémulo voluptuoso, enamorado;

te embriagas de color, fulges alzado  
sobre tu propia sed y tu alegría,  
y en onda clara de rumor envía  
tu libación tu amor breve y dorado.

Eres ¡oh picaflor! vértigo amante,  
ráfaga por la hora más fragante,  
hálito de pasión, gentil locura.

En ti es la dicha, ansia y cosa pura.  
Huyes, y va contigo la quimera  
hacia su patria azul, la primavera.

En los versos breves vuelve la sencillez y la emoción. No sólo está el artífice, el poeta, sino todo el hombre. La sonoridad es musical y las asonancias se alzan susurrantes y melodiosas. Se observa un mayor espíritu de síntesis que en sus

primeros libros. La breve unidad rítmica de los versos no permite aferrar intuiciones en abundancia, como ocurre con los endecasílabos y alejandrinos. El poeta tiene que construir la expresión con un dibujo sencillo y claro. Es lo que se advierte en este poemita, *Pureza*:

De todo lo que han visto  
tus ojos en la tierra,  
no queda más que alguna  
mirada verdadera.

De cuanto has sollozado  
sobre las hojas secas,  
te queda aquella lágrima  
que a veces brilla lenta.

De todo lo que has dicho,  
¿qué queda, al fin, qué queda?  
Apenas balbuceo,  
casi canción, pureza.

Cuando lo significado en los poemas de Mario Binetti son objetos, paisajes, obras de arte, personajes, situaciones, etc., el poeta funde los datos con los saberes y el sentimiento poético. Queremos decir que no se enajena en una pura estructuración objetiva, ni se ensimisma tampoco en composiciones quebradas e informes de elementos puramente subjetivos. El poeta va tejiendo, rotando y matizando elementos intelectuales efusivos, dejándolos cada uno en su lugar dentro del organismo de los poemas. Lo advertimos en *Fantasia griega*, *Hermes de Praxistele*. *Los tres árboles*. En los versos confidenciales y autobiográficos (*Amigos*, *Los días*, *Piedad*, *Las palabras*, etc.), el alma del poeta se torna abarcadora y un desasimiento tierno le hacen ver la vida y el mundo con entrañable simpatía.

Pocas veces la espiritualidad de algunos seres, ha alcanzado cimas tan altas como en estos tiempos. El clásico tenía

el tiempo y la soledad lúcida para cincelar sus obras, que eran celebradas por todos: los románticos impusieron sus desvelos con genial impudor festejado. El poeta de hoy se oculta y vive casi siempre en silencio, en un mundo que es cada vez más una selva de artefactos y útiles, y donde la vida agudiza sus automatismos. Un brote de la cultura humana se ha desarrollado tanto que ya impide ver los troncos por donde asciende la savia creadora. El mismo pensamiento se mecaniza, se enajena en sistemas de signos puramente indicativos, pero que no recogen ni expresan la fluencia de la realidad espiritual del hombre ni, a la postre, el secreto íntimo del mundo. La filosofía misma se está convirtiendo en semántica.

Con el nombre de *El libro de los regresos* entrega en 1959 a los hombres y a las letras argentinas su más reciente obra. El título de este libro es fuertemente sugeridor. Señala como con el dedo lo que descubrimos en sus poemas: la madurez y plenitud humanas y artísticas de un alma que fue hacia los hombres, la vida y el país en días jóvenes y vibrantes, más allá de las fatigas cotidianas y transitorias, y ahora regresa un poco desencantado a su soledad. Cantó con desasimiento y desinterés, entregó un poco de belleza a muchas almas, alentó y suscitó en la enseñanza literaria, dio en una época universal mendicidad, donde unos piden el pan y otros la palabra que les haga llevadera la vida. Al fin regresa solo tras de ayudar a vivir a los demás con secreto sacrificio.

*El libro de los regresos* es una obra importante en la lírica argentina actual. Tal vez sea el más intenso que ha escrito su autor. El arte exige todo el hombre y el poeta se ha puesto todo él en esta obra. Tal vez el no poder dar a conocer todo lo que ha escrito, le hace presentar un tomo muy grueso, que contiene 85 poemas, número desusado en esta clase de publicaciones. El poeta ve también a Dios en las palabras, en las buenas palabras armonizadas, con su corazón dentro de ellas, en las huellas de vida, en los mundos que

plasma la poesía. El poeta desdeña la sabiduría libresca y se sumerge en la otra como un pez en el mar, y con su lírica de la verdad percibe el sabroso misterio de la vida. Y las opone en el poema *Sabiduría*, en alejandrinos remansados y lentos:

No os quedéis sin la vida, sólo en librescas cosas;  
¿de qué os valen sutiles narcisismos, ansiosas  
esperas que no colman sed de amable alegría,  
ariscados semblantes en dura cortesía,  
soledades que aguzan irónicos desdenes,  
cansancios de las diarias vanidades, vaivenes?

La vida no perdona  
quiere bondad, pureza, sencillez, sentimiento,  
y además, esa digna pasión, desasimiento.

Os digo que aún es tiempo, volved, no sabéis nada.

El poeta piensa que el destino no lo hace el hombre. Mentira la de Neruo: "...que yo fuí el arquitecto de mi propio destino". El artista es arquitecto de su obra, no de su destino. La vida es dura para todos o para casi todos. La obra pide el hombre entero y hay que ser fuerte y renunciar a muchas cosas y quedarse un poco solo. La pobreza es el ángel de Jacob. ¡Qué grandes fueron los grandes! ¡Delacroix, Baudelaire, Hugo! ¡Cómo se dieron! Dieron porque tenían. El poeta ha sancionado a sus contemporáneos, con una delicadeza que quizá no merecían, en el poema *A un hombre bueno*:

Buen amigo, ¿qué tienes  
que miras desolado?  
No hablas, sólo buscas  
la sombra por tu cuarto.

Si sonríes, apenas  
quieres mover los labios;  
sabes ya la segura  
verdad de estar callado.

Has oído palabras,  
has soportado vacuos,  
y has visto muchas cosas  
torcerse a tu costado.

Ante tu triste asombro,  
unos profetas falsos,  
alzaron unas voces  
de míseros sectarios.

Y otros tajaron todo  
a soldada y oclavo,  
y en nombre de la patria,  
y con gestos vanos.

Tú, solo, con paciencia,  
lo diste todo, raro,  
y no perdiste nada,  
y te ocultaste manso.

Acaso te olvidaste  
de ser feliz, acaso  
viste cómo se iba  
tu juventud, sin llanto.

Enseñaste a ser digno,  
serviste y fuiste amparo,  
y por toda cosecha  
cosechaste cansancio.

Te acogiste a unos suaves  
fulgores, desvelado,  
y te quedaste solo  
con un libro en la mano.

Supiste amor, supiste  
todo gran entusiasmo;  
mas fuiste bueno, y eso  
casi es decir fracaso.

Ahora ya ni quieres  
hablar; tus ojos claros  
perdonan y se vuelven  
a la penumbra, vagos.

Te buscarán, no dudes;  
pero tú te has ganado  
el derecho a estar solo,  
con tu piedad, más alto.

Figuran en el nuevo libro de Mario Binetti, seis poemas donde el poeta habla con Beethoven, Bach y Mozart, Chopin, Schubert y Schumann. Son sus devociones musicales. Todo está visto desde la propia sangre del poeta, que sabe interpretarlos y los conoce desde los días de su adolescencia. Todos están líricamente en su marco y diferenciados en lo que tiene de irrestañable y propio. Se perciben la intensidad beethoveniana del divino andante de la *Santa Patética* y el encantamiento y el equilibrio maravillosos de las *Partitas* de Bach, perfectas y conmovedoras. Todo Schubert está en un poema. Son los milagros que consigue la cultura transfundidos en la vida del poeta. Estas transfiguraciones de sus músicos amados es un aspecto nuevo e importante en su poesía. Véase la alusión al ambiente rococó en el poema *A Mozart*, que transcribimos en uno de sus pasajes:

hay un salón vacío donde aún trina  
un áureo clave y, melodiosa, deja  
una viola su aliento y su delicia;  
tiemblan unas bujías sobre encajes,  
y un ventanal es toda la alegría;  
y como el alma de algún duende rosa,  
pasa un fantasma que gentil se inclina  
como a compás, solemne, ante quién sabe  
qué princesa color de almendro y niña.

Con tristeza y desgano el poeta ve la dispersión de todo. La mayoría quiere "vivir", según la mayoría entiende la vida. Sólo unos pocos arriesgan toda la vida detrás de una vocación.

Vives vendía naranjas en su soleada Valencia, Spinoza cristales ópticos y Boehme zapatos. Nada impidió que "fuesen". En un soneto, el poeta alude a la vida oscura que termina en transparencia. Partiendo de una proposición que está en el primer verso y que termina en la palabra "oscuro", y luego de un desarrollo certero, concluye en la palabra "transparencia" y con claras alusiones trascendentes. He aquí *La vida oscura*:

Nada es obscuro en toda oscura;  
es simplemente vida, vida amada,  
hecha con el hastío y la mirada,  
y el corazón cargado de ternura.

Restan, sereno, un dar, una voz pura  
para nombrar la hora desvelada,  
y un fiel silencio en dicha disipada,  
y un aceptar la soledad más dura.

Llegan así las cosas, compañías.  
En ellas hay como sazón de fruto,  
y un nimbo bueno siembra fantasías.

El mundo tiene ya sabor y esencia,  
y hay paz porque hubo trémulo tributo.  
Después todo es adiós y transparencia.

El poeta hace poesía con todo: con la naturaleza, el hombre y sus creaciones, sus dolores y sus afanes. Poesía de las cosas, de la corriente y los sobresaltos de la propia vida interior, de la plástica belleza de los colores y las formas. Pocos poetas se están revelando tan plásticos como Mario Bionetti en la poesía argentina. Plasticidad en lo puramente verbal y en la intuición interior que da vida a su creación. La lengua le sigue dócilmente. Detrás de ese dominio están más de veinte años de amasarla, de conocimiento de sus secretos, de henchirla con su propio espíritu. Es lo que se advierte en composiciones como *Recuerdo de Corot*, *Frutero*, *Canción de los frutos*, *Vaso y amapolas*, o en *Comunión*, que

parece inspirada en un cuadro de Vlaminck, o en *Las cosas*, hermoso poema desbordante de plasticidad y misterio, al que nos acercamos sólo en un fragmento:

He aquí un estuche con sus gafas viejas,  
un dedal fino, las tijeras toscas,  
el ovillo de lana, el hilo tenue,  
el costurero, esa revuelta ola...  
Da una fuente de cobre, ante un reflejo,  
como un charco de plata; más lechosa,  
con su pintada flor y su alegría,  
una opulenta porcelana asoma.  
Hay unos frutos en sazón y un vaso  
donde aún el vino canta y se reposa.  
Y con ceniza perla hay una pipa,  
y unos libros abiertos...

Como en *Mundo de Milagro* y en *Los días y las ausencias*, su libros anteriores, el poeta impresiona también ahora por la fuerza alusiva a las cosas del Mediterráneo. Vuelven los elementos líricos de la cultura latina, la luz de Grecia y apasionado culto de Dante, Petrarca y Leopardi. Los siente en los ojos y en el pulso, en la sangre y en la vida. En su poema *Bajorrelieve*, evoca un tema del *Appendix Virgiliano*, visto con sensibilidad moderna. Rebose la claridad mediterránea de Nápoles, la "otiazam Neapolis" de que hablaba Horacio. El poeta se complace en bellas recreaciones y fruiciones expresivas. Las palabras crean realidades más selectas que la misma realidad. Transido y entusiasmado canta las islas griegas y por momentos se tiene la impresión de que viaja en algún velero junto a las riberas de Taornina, Agrigento, Salamina o Siracusa...

El libro trae algunas canciones franciscanas. El poeta canta en ella lo que ama y canta para todos. No hay en ellas nada de arqueológico. Tienen la frescura de todo lo que es vital, la frescura del *aqua fontis*, la sencillez de las cosas cotidianas. Los temas cristianos, que se habían abierto en sus libros anteriores, con *María de Betania* y más tarde con



*Emaús*, se prolongan ahora en la composición que cierra *El libro de los regresos*. Se trata de un tema importante: El regreso del hijo pródigo. El poeta ha logrado represar la grandeza bíblica en este poema. Consigue darnos un canto de vida y esperanza, para decirlo con palabras de Darío. A golpes de intuición descubre instantes y muestra "iluminaciones". Hay notas de color, sensaciones puras, firme dibujo del pensamiento y los personajes. Se siente al poeta dibujando o insistiendo con un toque pleno, que alude o aprieta en un solo verso un paisaje, que busca la reflexión y lo sentencioso, que enumera cosas, que consigue variedad y riqueza en el poema. Y sobre todo que trata que todo esto no se sienta.

Llegamos así al final de este estudio de la vida y la poesía de Mario Binetti. Quedan para otra ocasión las páginas que se refieren a su poética y estilo, y a la explicación de algunos de sus textos poéticos.

DIEGO F. PRO

Leandro Alem 271, Mendoza

#### BIBLIOGRAFIA

- MARIO BINETTI, *La Sombra Buena* (poemas) Edic. Librería "La Facultad". Buenos Aires, 1941 (prólogo de Roberto Giusti).  
— — *Agua de Olvido* (poemas). Edic. del autor. Buenos Aires, 1944.  
— — *La Lumbre Dormida* (poemas). Edic. del autor. Buenos Aires, 1946 (Primer premio municipal de poesía de 1946).  
— — *La Paz Adorable* (poemas). Edic. del autor. Buenos Aires, 1950. (Primer premio de poesía del Consejo del Escritor).  
— — *Mundo de Múlagro* (poemas). Edic. del autor. Buenos Aires, 1952.  
— — *Ronda Dorada* (Cancionero de infancia). Edic. del Instituto Amigos del Libro Argentino. Buenos Aires, 1955.  
— — *Poemas Junto a una Cuna* (Poemas). Edic. del autor. Buenos Aires, 1956.  
— — *Los Días y Las Ausencias* (poemas). Edic. del autor. Buenos Aires, 1957.  
— — *El Libro de los Regresos* (poemas). Edic. del autor. Buenos Aires, 1959.

- LUIS BORGES, SYLVINA OCAMPO y ADOLFO BIOT CASARES: *Antología Poética Argentina*. Edic. "Sudamericana", Buenos Aires, 1941.
- RENÉ BASTIANINI: *Autores Modernos*. Edic. Librería del Colegio. Buenos Aires, 1943.
- ROBERTO GIUSTI: *Gramática y Ejercicios de Idioma*. Editorial Estrada. Buenos Aires, 1953.
- JORGE GUASCH LEGUIZAMÓN: *Galicismos Aceptados, Aceptables y Vistosos*. Edit. Kapelusz. Buenos Aires, 1951.
- PRAMPOLINI: *Historia Universal de la Literatura*. Edic. 1942 y 1955. Buenos Aires.
- JORGE GUASCH LEGUIZAMÓN: *Análisis Sintáctico*. Edic. "El Ateneo", Buenos Aires, 1947.
- OSCAR BIETTI: *Mario Binetti*. Revista "Nosotros", Nº 62, Buenos Aires, 1941.
- FOLCO TESTENA: *Versión de poemas de Mario Binetti*. Editrice A. Moro. Buenos Aires, 1948.
- VARIOS: *Diccionario de las Américas*. Edic. Futuro. Segunda edición. Buenos Aires, 1947.
- ALFONSO DE PASCALE: *Traducción de poemas al italiano de Mario Binetti*. En diarios italianos de la Capital Federal. Buenos Aires, 1952-1954.
- JUAN PINTO: *Breviario de la Literatura Argentina contemporánea*. Editorial La Mandrágora, Buenos Aires, 1957.
- ROBERTO GIUSTI: *Ciento cincuenta años de poesía*. En la revista "Comentario", Nº 25, Buenos Aires, 1960.
- VARIOS: *Historia de la Literatura Argentina*. Edic. Peuser, tomo IV, Buenos Aires, 1959.
- AVELINO HERRERO MAYOR: *Diálogo Argentino de la Lengua*. Edic. del autor, Buenos Aires, 1955.
- EDITORIAL KRAFT: *Quién es quién en la Argentina*. Edit. Kraft, edic. 1955 y 1958. Buenos Aires.
- JUAN CARLOS GHIANO: *Poesía Argentina en el siglo XX*. Fondo de Cultura Económica, México, 1957.
- OGORNO-URIASTE: *Castellano*. Editorial Troquel, Buenos Aires, 1959.
- MEMENTOS LASERRE: *Castellano*. Edic. Luis Laserre y Cía. Buenos Aires, 1959.
- MARÍA ROMERO: *Los mejores versos para niños*. Editorial Zig-Zag. Santiago de Chile, 1960.
- VARIOS: *Juicios sobre la obra poética de Mario Binetti*. Edic. privada. Buenos Aires, 1960.